


# BARRIO CHINO



**RUTH CHATTERTON**  
**JAMES MURRAY**  
**DONALD COOK**

**EDICIONES  
BISTAGNE**





# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

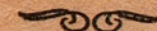
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## BARRIO CHINO

Grandioso melodrama en donde se exponen de un modo altamente emocionante los sacrificios de una madre para educar a su hijo en medio de un ambiente corrompido, de bajos fondos.

Dirección de  
**WILLIAM WELLMAN**

En un film de la prestigiosa marca  
**WARNER BROS-FIRST NATIONAL**



Distribuido por  
**WARNER BROSS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.**

Paseo de Gracia, 77  
**BARCELONA**

Argumento narrado por José Virós



INTERPRETES PRINCIPALES:

RUTH CHATTERTON

James Murray

Donald Cook

etc.

# Barrio Chino

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I LA CATASTROFE

Restaurante, café concierto. taberna, tugurio infecto... de todo tenía un poco el establecimiento de Jim Sandoval. Estaba instalado en el corazón del viejo San Francisco de California, en una casa vieja, oscura, maloliente, sórdida. La sala principal era grande; con un enorme mostrador en el fondo, en un rincón un piano tan viejo como la casa, el resto lleno de mesitas de todas las formas y tamaños, llenas de manchas; las luces de los quinqués ensombrecidos por el humo del tabaco, el polvo de unos cuantos años y varias generaciones

de moscas que en ellos se habían posado; las paredes cubiertas por un papel desvaído, engrasado a la altura de la cabeza por muchas que en ella se habían reclinado con el vacilante mareo que produce un exceso de alcohol. Una puerta, una escalerilla oscura al fondo de un corredor, conducía a los apartamentos reservados que servían de refugio al amor fugaz de los clientes del viejo Sandoval. El establecimiento estaba siempre repleto de gente y se había ya impregnado de ese olor acre de las muchedumbres, ese agrio olor formado por los vapores alcohólicos y por los vapores de cuerpos no siempre impecablemente limpios.



Sandoval era un hombre rudo, serio, gruñón, metido en su negocio con afán de poder salir de él pronto, de abandonar, ya repleta su bolsa, aquella podredumbre de gentes que acudían a su restaurante, lugar muy bien reputado entre el hampa de San Francisco de California.

Venían a él gentes de todas clases: marineros, pescadores, barqueros, descargadores de los muelles, ladrones, caballeros en traje de gala que llegaban en busca de alguna aventura así como los otros venían a buscar en el alcohol el olvido de sus males; mujerzuelas galantes de elegancia dudosa, mujeres del pueblo acompañadas de su marido o de su amante; todo en una mezcla abigarrada, en un conjunto pintoresco, bullicioso. Llenaban el salón y lo hacían vibrar con sus risas o sus disputas, sus cantos o sus grito de odio; lo enturbiaban con su aliento de beodos empedernidos, enrarecían la atmósfera con el humo de sus cigarros o de sus pipas.

Alguna vez pedían a gritos música y cuando el pianista, un joven taciturno, serio y fatigado, aporreaba con desgana las amarillentas teclas del viejo piano, o no le hacían caso y ahogaban sus sonos con el

ruido de sus voces cada vez más chillonas, o coreaban con grandes gritos las melodías populares.

Jim Sandoval, grueso, brusco, ordinariote, con la pipa eternamente metida entre sus labios, recostado contra el mostrador, vigilaba, con ojo inquieto, a su clientela, con la que hablaba poco, pero de la que no apartaba sus ojos siempre inquisidores, para que no desapareciera en algún bolsillo algo de la pertenencia de la casa. Por lo demás, no le importaba gran cosa que, en un momento de descuido, pasara una cartera del bolsillo de un gran señor a la faltriquera de un truhán. Eso eran intereses ajenos y a Jim Sandoval no le gustaba inmiscuirse en lo que no era de su incumbencia.

Jim Sandoval vigilaba, sobre todo, a su hija, a su Jenny, que oficiaba de cajera del establecimiento y a la que él hubiera querido ver muy alejada de aquel ambiente pútrido, de aquel tugurio infecto donde todo vicio tenía su asiento. Jenny era la única pasión de Sandoval, una pasión brusca, como todo lo que de él emanaba, una pasión extraña y celosa que sólo se manifestaba por gruñidos y regaños; pero él, a su modo, amaba a Jen-

ny, a su única hija, a aquella muchacha para la que soñaba cosas maravillosas, y, ante todo, sacarla de aquella sociedad sospechosa para verla brillar en el lugar que ella merecía. Pero, entretanto, el negocio era el negocio, y Sandoval no podía abandonar éste hasta no tener asegurado el porvenir de su hija; entretanto era preciso mantenerse firme en aquel ambiente y procurar que la chiquilla respirase aquel aire sin contagiarse de sus miasmas.

Al establecimiento de Sandoval acudían algunos tipos interesantes, algunos clientes que formaban casi parte indispensable del salón, que estaban ya familiarizados y casi compenetrados con la vida del establecimiento y cuya presencia en él era casi tan natural como la luz turbia de los quinqués, las manchas sebosas de la pared y la figura recia de Jim con su eterna pipa entre los labios.

Uno de estos clientes era el pastor de la misión, hombre enteco, que venía a diario a catequizar almas en aquel tugurio en el que el diablo ya no tenía nada que hacer, pues era el asilo de todos los vicios. Le llamaban, en son de mofa, "Charlie el Buen Libro", por

los sermones que les hacía incansablemente, o "El Apóstol", por su figura de asceta y su espíritu de abnegación. La clientela de Sandoval se había habituado a la presencia de aquel hombre extraño y toleraba al "Apóstol" sin hacer gran caso de sus sermones. A veces, cuando ya se ponía demasiado pesado, le hacían callar con una palabra soez o con algún rugido de fiera salido de alguna garganta aguardentosa.

—Hermanos míos—les decía con gestos de orador y tono lacrimoso.

—Hermanos míos, arrepentíos. El Señor se cansará de vuestras culpas y nos va a mandar un castigo tremendo.

—Basta de sermones, "Apóstol"—gritaban desde algún rincón de la sala unas voces enronquecidas.

—Me dan ganas de aplastarle los sesos contra la pared—exclamaba otro a quien las profecías del apóstol atemorizaban.

—Esto que predica es verdad—añadía alguien en quien aun quedaba despierto un resto de sentido moral—, pero no debe predicarlo aquí. Que lo predique en su misión.

—Sí, sí, fuera, fuera—gritaban todos ya exasperados—. ¡Que lo



predique en su misión, que lo predique en su misión!...

Y se burlaban de él con carcajadas soeces y groseras palabras.

—¿No os da vergüenza burlaros de un pobre viejo? — decía el "Apóstol".

Y se marchaba con su andar cansino, sin rencor, a fin de dejar que el huracán se apaciguara y volver al día siguiente a continuar la catequización de almas.

—¡Hermanos míos, arrepentíos; pronto expiaréis vuestras culpas!...

Otro cliente habitual era Steve Dutton, un caballero de antecedentes sospechosos, que acudía a aquel lugar en donde sus maneras "distinguidas" chocaban más entre aquella baja estofa de clientes del establecimiento Sandoval. Dutton vestía bien, tenía modales finos y porte elegante y buenas monedas de plata en el bolsillo siempre, prontas a salir de él y a pagar a las chicas sus caprichos. Steve Dutton era estimado y bien considerado entre todos los que concurrían diariamente al restaurante Sandoval. Cuando él entraba, las chicas corrían a su encuentro, sabedoras de su liberalidad, para que las obsequiara con alguna bebida estimulante, whisky con preferencia, que

apagara la sed de sus gargantas abrasadas por el alcoholismo, y, sobre todo, que les permitiera al final de la jornada, cobrar un porcentaje más crecido a tenor de las botellas descorchadas, ya que los demás clientes no eran tan generosos ni tan complacientes como Dutton.

Dutton se dejaba querer y se dejaba mimar por aquellas infelices, pero siempre se quedaba en la sala grande, charlando con todas, sin mostrar ninguna preferencia particular entre ellas.

Steve Dutton era abogado, estaba bien reputado en la ciudad y alternaba con lo mejor de la sociedad de San Francisco, pero le gustaba, en las últimas horas de la noche, recalar en aquel tugurio en donde hacía descorchar unas cuantas botellas en honor de sus amiguitas, que en cambio le prodigaban sus caricias, quizás con él más espontáneas que con los demás, ya que las admitía sin exigir nunca nada.

Las muchachas que en el establecimiento de Sandoval se ocupaban de los clientes, sabían apreciar el desinterés y el liberalismo de Steve, y alguna de ellas acariciaba la idea de seducirlo algún día y de

llegar a ser su esposa, pero Dutton no daba nunca esperanzas de ningún género a aquellas pobres mujeres que iban siempre detrás del libertador soñado.

Cuando alguna nueva "paloma" llegaba a aquel nido de gavilanes, sus compañeras le daban buenos consejos.

—Lo primero que has de hacer antes de empezar la jornada es beberte una buena taza de aceite crudo.

—¡Pero si me da mucha repugnancia!—argüía la recién llegada.

—No importa, ya te acostumbrarás, y si no, peor para ti, el whisky te agujereará el estómago. No seas tonta, el aceite protege las paredes del estómago. Si no le bebes no duras ni un mes en la casa.

La aprendiz cerraba los ojos y se tragaba el aceite crudo.

—Bien, muchacha, ya has engrasando la máquina, ahora a trabajar.

Otra le advertía:

—Cuando veas una marca de yeso en la espalda de un beodo, no te acerques, huye de él como de la peste, porque eso quiere decir que le han robado el dinero y podrían echarte la culpa a ti.

La novata procuraba mirar con

atención, antes de dirigirles sus miradas llenas de coquetería, la espalda de los clientes que debían ser sus víctimas. Y así, poco a poco, iba aprendiendo todos los trucos de sus compañeras hasta ser tan maestra como ellas en el difícil arte de atender a una clientela tan abigarrada como la del establecimiento Sandoval.

Otro personaje importante en el café era el pianista, el joven taciturno, serio y fatigado que en el rincón de la sala tocaba con desgana todas las piezas que los clientes exigían a gritos. Era un artista fracasado. Había estudiado en el Conservatorio de París y había visto reducirse sus aspiraciones de gran artista a marchitar su vida entre las paredes sucias de aquella sucia taberna.

Perdidas sus esperanzas, deshechas sus ilusiones, se había tornado hosco y triste, y, no encontrando en torno suyo más que malevolencia e inquina, se dejó llevar por el dulce apoyo moral que le ofrecía la simpatía de Jenny, de Jenny que venía con frecuencia cerca del piano a darle el consuelo de su presencia y a animarlo con palabras buenas.

El viejo Sandoval, en cambio,



odiaba al pianista. No podía comprender cómo un hombre, todo un hombre, pudiera contentarse con ganar un misérrimo jornal por aporrear las teclas del piano y meter un ruido infernal que no dejaba oír las conversaciones. Sandoval no comprendía toda la sugestión del arte; para él no había más arte que el dinero, y todo aquel que no supiera ganarlo y ganarlo a manos llenas, era un ser despreciable, un cretino.

Dan, el pianista, procuraba olvidar a Sandoval, rehuía su mirada, nunca le dirigía la palabra; pero buscaba siempre la mirada dulce y profunda de su Jenny, y Jenny se las prodigaba largamente...

Era Jenny una mujercita formal. Muy linda, con un cutis sonrosado y fino, con un pelo rubio, muy rubio que le caía en dos bucles graciosos sobre los hombros. Llevaba casi siempre una faldita oscura y una blusilla blanca con un gran lazo en el cuello que le daba un aire infantil. Y tenía, sobre todo, unos ojos grandes, inmensos, serios, profundos, expresivos, que turbaban y atraían a un mismo tiempo.

Jenny fué muy buena para Dan. Le consoló de su fracaso con palabras dulces y reconfortantes; le in-

yectó, poco a poco, el gusto a la vida, le hizo comprender que hay en el mundo algo más bello que la gloria y que ese algo es el amor, el amor grande y sincero de una mujer honrada. Dan se enamoró locamente de aquella muchacha que tan bien había curado las llagas de su corazón, y Jenny correspondió al amor de Dan con una pasión avasalladora. Se amaban en silencio, ocultando ante la gente su sentir, a fin de que Sandoval no descubriera sus relaciones. Los dos sabían que el viejo no consentiría nunca en su unión, que soñaba para su hija con un porvenir más brillante que el que podían ofrecerle los escasos recursos de Dan.

Sandoval no se daba cuenta de los amores de su hija. Estaba ensimismado con las asiduidades de Steven Dutton cerca de Jenny y le halagaba que un señor de su alcurnia se dignara fijarse en la muchacha. Sandoval conocía a Steven, sabía que sobre la conciencia de aquel "caballero" pesaban algunos asuntos escabrosos, como lo sabía toda la ciudad; pero ahora Dutton era un hombre influyente, tenía una posición bien afirmada y contaba con la estimación de la sociedad, que había olvidado el pasado de aquel

hombre, ahora que le veía rico. No era Sandoval hombre para pararse en esas pequeñeces de conciencia, ni tenía la suya tan limpia como para poder echar la primera piedra. Dutton era rico, esto es lo que importaba. Con él, Jenny podría ser una gran señora y Sandoval acariciaba con placer esta idea, mientras sacaba gruesas bocanadas de humo de su pipa.

Siempre que Jenny se acercaba al piano para cambiar unas palabras con Dan, Steve Dutton iba a reunírseles, como distraído, pero, en realidad, para cortarles la conversación. Jenny acentuaba más la seriedad en sus ojos y el ceño de su gesto, para mostrar su desagrado, pero Steve no se dejaba vencer por tan poca cosa y seguía su táctica estudiada y calculadora. Se había propuesto hacer suya a Jenny y sabía que podía contar con el beneplácito del padre. Lo demás importaba poco. El se arreglaría para obtener lo que deseaba y estaba resuelto a no reparar en medios.

Pero muy otras eran las decisiones de Jenny. Jenny amaba de veras a Dan, y, por su parte, estaba también resuelta a saltar por encima de todo para unir su vida a la de aquel hombre.

Dan estaba ya impaciente e intranquilo con aquella situación difícil que iba haciéndose día por día más y más insostenible. Cada vez que Jenny se acercaba al piano, Dan le preguntaba:

—¿Cómo está tu padre hoy? ¿Le puedo hablar?

Pero Jenny, que conocía el genio de su padre y el odio que tenía al pianista, lo iba demorando por miedo a que surgiera la tragedia.

—Le hablaré hoy sin falta—le dijo un día Dan, decidido—. Hay que hacerlo, no podemos seguir así, esta situación es insostenible. Le hablaré ahora mismo, en cuanto esos beodos se cansen de oír música.

Jenny se estremeció y sus ojos se abrillantaron más por el pavor que le causaba aquella conversación.

Dan también temblaba un poco al dirigirse a Sandoval para formular su petición. Sandoval le miró con desprecio de arriba abajo, como si hubiera querido aniquilarlo con su mirada; sostuvo con su mano la pipa y con un gesto de rabia y de ira le gritó:

—¿Casarse con mi hija?... Antes prefiero verla casada con un honrentote. Ni en las cloacas podría en-



contrarse nada más ruín que un rompeteclas. Si le veo otra vez hablando con Jenny saldrá usted de aquí, pero saldrá cadáver. ¿Lo comprende? Y nada de réplicas, no consiento que se contradigan mis órdenes. Puede usted retirarse y no olvide mis palabras.

Dan bajo la cabeza con desaliento. El insulto no le había herido tanto como la negativa rotunda. Su casamiento con Jenny era inevitable; tenía que ser; no se podía demorar.

—Le diré la verdad y tendrá que dar su consentimiento—le dijo a Jenny, después de haberle explicado el resultado de su entrevista.

—No, no; te odiará más aún—exclamó la muchacha con tono desesperado, reclinando su rubia cabecita sobre el hombro de su amante—. Puesto que es preciso—continuó diciendo bajando la voz—déjame que se lo diga yo. A mí no me matará... Esta noche, cuando nos quedemos solos, cuando estemos en casa, le diré.. la verdad. Tendrá que ceder a la fuerza ante lo irreparable.

—Tengo miedo, chiquilla, miedo por ti y... por él, por nuestro hijo.

—No temas, Dan. Verás cómo yo lo arreglo todo.

—¿Me prometes telefonearme el resultado de la entrevista?

—Te lo prometo.

—¿Me dirás la verdad? ¿Toda la verdad?

—Sí, ¿por qué iba a engañarte? Vete tranquilo; yo te prometo que todo saldrá bien; no temas. Y si mi padre se niega... también nos casaremos.

Se abrazaron con fuerza, como para dar más valor a sus palabras; se abrazaron con un abrazo desesperado de angustia y se miraron largamente a los ojos con una muda interrogación. ¿Volverían a verse?... Un extraño presentimiento les retenía y prolongaba la despedida sin decidirse a separarse. Las manos entrelazadas se resistían a darse el adiós; los labios se juntaban en una caricia prolongada y dolorosa. Jenny, más entera de carácter, más fuerte, más valerosa, acompañó a Dan hasta la puerta, empujándolo suavemente.

—Hasta luego—le dijo besándolo por última vez con ternura—, marcha tranquilo; estoy resuelta a todo, por ti... y por él.

Jenny, al quedarse sola, enjugó las lágrimas que la despedida ha-

bía hecho brotar de sus ojos; se compuso el semblante, se arregló el cabello, se irguió resuelta, resuelta a todo, como ella misma había dicho pocos momentos antes. Era preciso enfrentar con valentía la situación. Jenny amaba a Dan y amaba ya al pequeño ser que palpitaba en sus entrañas. Fortalecida por este doble amor que había templado su alma, no tenía miedo a nada; hablaría a su padre con decisión firme y si le negaba el permiso para casarse con Dan, ella saltaría por sobre todas las voluntades y haría únicamente la suya propia, porque era su voluntad la única que debía pesar en aquellos momentos decisivos.

El establecimiento Sandoval estaba ya vacío, en silencio y en sombras. Se habían recogido las mesas, cerrado las ventanas, apagado las luces; Sandoval dió una última mirada para convencerse de que todo estaba en orden y luego dijo a su hija:

—Estoy muy cansado esta noche. Vámonos a casa.

Su tono era más seco y más agrio que de costumbre. Iba ceñudo, malhumorado, sombrío. La pretensión de Dan le había encendido la ira en su corazón y sentía ganas de

desahogar con alguien su cólera, que esperaba sólo el momento oportuno para estallar.

Subieron a sus habitaciones. Jenny encendió las luces, arregló las cosas, esperó a que su padre se sentara en el lugar de costumbre y, aunque el corazón le latía con dolorosa violencia, se acercó a él y le dijo, decidida:

—Padre, quiero hablarte de algo muy importante.

El viejo Sandoval se sacó la pipa de la boca y se quedó mirando extrañado a su hija. Era la primera vez en la vida que Jenny hablaba a su padre con aquel tono serio y resuelto, y, en silencio, aguardó a que la muchacha prosiguiera su declaración.

Jenny, tras una breve pausa, continuó:

—Dan y yo nos amamos más que nada en el mundo, padre, y queremos casarnos.

Sandoval se levantó como si una víbora le hubiera picado; sus ojos despedían fuego, su voz era como un rugido.

—Prefiero verte muerta que en brazos de ese imbécil. No te casarás con él; yo lo impediré.

—Es inútil, padre, le amo y no



me avergüenzo de su amor. Nos casaremos inmediatamente.

La voz de Jenny era suave y tranquila, pero firme, como de quien afronta una situación largo tiempo meditada.

Sandoval parecía una fiera. Insultaba, gritaba, gesticulaba exasperado ante la impasibilidad de su hija; ciego de ira fué a abalanzarse sobre ella para abofetearla. Jenny, aterrorizada, huyó, gritando:

—¡Padre, piedad, piedad para el hijo de mis entrañas!...

La cólera de Sandoval arreció ante la confesión de su hija.

—¡Mala hembra! — gritó—. Me alegro que tu madre muriera antes de ver tu deshonor. Pero este casamiento no se realizará, te lo juro, porque vas a morir en mis manos como una inmunda cucaracha.

—¡Socorro, socorro, Dan!... — imploró Jenny al verse acosada por su padre que parecía un monstruo enfurecido.

Y en aquel momento ocurrió algo extraño, pavoroso, que heló la sangre en las venas en toda criatura viviente y paralizó los movimientos y sobrecogió los ánimos... Se oyó un gemido raro, como de bestia cruel y hambrienta que aullara a lo lejos; un murmullo pa-

voroso desgarró el noble silencio de la noche y la tierra se estremeció en un perezoso culebreo de reptil que despierta de un largo sueño; y las casas temblaron, vinieron abajo lámparas y muebles, se abrieron enormes grietas en las paredes y con un estrépito ensordecedor los muros se desplomaron hechos ruinas.

La tierra parecía presa de un ataque epiléptico. El silencio reposado de la noche se había roto a jirones como desgarrado por las fauces feroces de un monstruo colosal. Se oían quejidos desolados, dolorosas lamentaciones, gritos de angustia, suspiros ahogados y dolientes, blasfemias y plegarias, gemidos de muerte...

Aullaron los perros, los pájaros huyeron amedrentados, los árboles se desplomaron con el quejido seco de sus ramas desgajadas. Las gentes, alocadas, salían a la calle, se arrojaban por las ventanas empujadas por el terror, se acurrucaban unos contra otros como buscando mutua protección, mientras la tierra seguía estremeciéndose hasta la médula, asustada ella misma de su espantosa obra destructora.

Se abrieron en el suelo enormes boquetes, las casas desplomadas se

hacinaban en montones de escombros, entre los que perecían centenares de personas. Un estrépito indavía el mundo, una tumultuosa baránda de gritos, de gemidos y lamentos...

El temblor de la tierra barría la ciudad, revolcaba las aguas del mar que se encrespaban sibilantes y terribles; el cielo estaba sombrío, pero los incendios provocados por el rompimiento de las tuberías del gas, pusieron en él siniestros reflejos de infierno.

Fué el temblor de tierra más espantoso que se haya registrado. El terremoto que destruyó en 1906 casi por completo la vieja ciudad de San Francisco.

Lo que sufrieron en aquellas horas espantosas las pobres gentes que presenciaron la catástrofe excede a todo cuanto la palabra humana pudiera decir.

La tierra se había ensañado en la ciudad, descargando sus golpes contra las paredes, que se vinieron abajo con gemidos casi humanos; arrancó árboles, postes, tejados, y heló de espanto hasta los huesos a los sobrevivientes a aquella catástrofe espantosa.

Los incendios se habían propagado y sus rojas llamaradas, como

lenguas de sangre, subían hacia el cielo obscuro y siniestro, levantando burbujes sanguinolentos, grandes humaredas negras, como si el mundo entero fuera una hoguera inmensa. Y esto duró largo tiempo, agotando las energías, aniquilando los ánimos.

Los sobrevivientes caminaban entre los escombros, calmado el monstruoso furor de la tierra, y resultaba imposible advertir todos los destrozos causados por él. Entre el hacinamiento de las destruidas viviendas se oían aún gemidos de moribundos, lamentos de heridos que demandaban socorro, estertores de pechos agonizantes aplastados por el peso de una viga o de un paredón. Cada uno contemplaba las ruinas de lo que fué su hogar, unos con ojos helados de espanto, otros con la mirada turbia de los suicidas, otros con el llanto de los desesperados, otros, en fin, con una resignada pasividad, anonadados bajo el peso de una catástrofe superior a sus fuerzas humanas.

Jenny se pasó una vez y otra la mano por los ojos. No creía en la realidad, se imaginaba ser víctima de una espantosa pesadilla. No hubiera podido explicar cómo se encontró ella en la calle, ni cómo se



desplomó su casa, en cuyo derrumbamiento murió su padre.

Ahora, ante la ciudad en ruinas, ante la desolación de la naturaleza, ante el dolor y el espanto de las gentes, comenzaba a comprender, y sintió un escalofrío recorrer su cuerpo ante la inmensidad de lo irreparable. Se encontraba de pronto, sola, abandonada, sin recursos, sin hogar y... muy próxima a ser madre. Un sollozo le subió a la garganta ahogándola con la garra del dolor. Y desesperadamente vagó sin rumbo, sin saber dónde encaminar sus pasos, buscando a Dan con la esperanza de que él se hubiera salvado de aquel desquiciamiento pavoroso.

—¿Ha visto a Dan, el que tocaba el piano en la taberna?—preguntaba a cuantos encontraba a su paso.

—Faltan muchos, muchos — le contestaban—. Quizá dentro de unos días aparecerá entre los escombros.

Jenny estaba extenuada por la fatiga, por la catástrofe de su vida, por la desolación de su espíritu, cuando alguien la tomó por un brazo y le dijo con voz meliflua

—Véngase conmigo, niña, yo

tengo un rinconcito en mi casa que puedo cederle hasta que usted pueda reconstruir la suya.

Era una mujer de aire sospechoso, ya entrada en años, con ojos de almendra y cutis amarillo. Debía ser china o coreana. El aspecto de ella no era tranquilizador, parecía de esas mujeres acostumbradas al tráfico de la carne humana, una especializada en la trata de blancas, una de esas aves de rapiña, siempre perdidas.

Jenny, sin voluntad propia, destrozada física y moralmente, se dejó guiar por aquella mujer, la siguió por entre las calles en ruinas saltando por sobre los escombros a través de la ciudad destruida y triste. Se internaron por un laberinto de calles y en el centro del barrio peor reputado de toda la ciudad, en el corazón del propio barrio chino, en el interior de un pasadizo oscuro, en unas habitaciones sórdidas, halló Jenny refugio en aquellos momentos de abandono en que se sentía sola, infinitamente sola en medio de la desolación y de la muerte.

Amah, la china que había recogido en su madriguera de zorra a la abandonada joven, tenía un fondo de bondad insospechado. Trató

con cariño a su huésped, la obligó a comer, la hizo descansar y, al enterarse de que pronto Jenny sería madre, redobló sus atenciones y su cariño y la animó con dulces palabras para cuando llegara el momento de su maternidad.

Jenny agradecía a Amah sus atenciones y sentía afecto por aquella mujer que la amparaba en su desolación.

En las listas oficiales que daban los nombres de los cadáveres encontrados entre las ruinas, había ya aparecido el de Dan Mac Allister. Jenny daría a luz un hijo sin padre; sin padre y sin nombre. Esta doble desgracia, la tristeza de una muerte y la mancha de una deshonor, que pesaban sobre la cabecita inocente del hijo de su vida, le hacían ya adorarle antes de conocerle.

Con frecuencia hablaba de él con Amah:

—Se llamará Dan, como su padre, y será mi Dios y mi apoyo y mi consuelo.

Y sonreía con una triste esperanza al pensamiento del hijo que había de llegar.

El hijo llegó, y fué varón y se llamó Dan, como su padre. Amah asistió a Jenny como hubiera podi-

do hacerlo una madre y al tomar al niño en sus brazos lo alzó como ofreciéndolo al cielo y exclamó:

—Nuestros corazones te dan gracias por el hijo que has enviado a tu humilde sierva.

Y luego, al entregarlo a la madre dolorida y feliz, le dijo con un tono solemne:

—Bendita la mujer que se ve honrada con el fruto de su amor y puede estrechar en sus brazos al hijo del hombre.

Y Jenny, abrazando al niño, fuerte, muy fuerte, como si quisiera que siempre le bastaran sus brazos para sostenerle, se prometió con aquella enérgica entereza de su carácter de la que ya había dado pruebas, vivir, fuera como fuera, por aquel pedazo de sus entrañas que dormía ahora apaciblemente y confiado, al calor de su regazo.

## II

## POR EL HIJO

Amah era pobre. Su trabajo, abandonado últimamente para poder cuidar de Jenny y del pequeño Dan, no le producía ni lo necesario para cubrir las más perentorias necesidades. El hambre, acurrucada, como fiera al acecho, estaba allí,



junto a la puerta, esperando el momento oportuno de meterse en la casa y hacer presa de aquellas dos mujeres abandonadas y aquella criaturita recién llegada a este mundo de tristezas y dolor.

Amah era ya casi vieja, pero conocía muchas cosas de la vida y sabía que si Jenny quisiera, pronto apartaría el fantasma amedrentador de la miseria. Jenny era joven, bonita y tenía un talento claro y una natural intuición que podría, bien administradas todas estas cualidades, proporcionarles pingües ganancias y el bienestar material de la criaturita, el tesoro más apreciado de las dos mujeres abandonadas a quienes un azar catastrófico había reunido.

Jenny, de templo recio y decisiones rápidas, tomó su partido, el único que podía tomar en su situación y en aquel medio al que la vida la había conducido... y se lanzó a la calle.

El Apóstol, aquel a quien en la taberna llamaban Charlie el Buen Libro y que, como antes en el establecimiento de Sandoval, venía ahora a catequizar almas al barrio chino en el que ya su figura comenzaba a popularizarse, quiso re-

tenerla, salvar a aquella alma que se le escapaba.

—Podrías mandar al niño a un Asilo. Allí no pasaría hambre.

—¡Jamás!—exclamó con energía Jenny—. ¿Separarme de mi hijo? No, es cuanto tengo en el mundo, nunca me separaré de él.

El Apóstol reflexionó un momento. Luego, como contestando a sus propios pensamientos, dijo:

—El amor maternal está por sobre la inteligencia humana... Hija mía, pon tu confianza en Dios; El proveerá.

—Apóstol—dijo Jenny en su tono resuelto—. Yo podría confiar si mi hijo no tuviera hambre. Será cierto que el Señor provee, pero El ayuda a los que se ayudan... Y yo voy a ayudarme. Eso es todo. Voy a arrancar a mi hijo de las garras de la muerte. Quizás es un camino extraviado el que voy a seguir, pero será MI camino y en él encontraré la salvación de Dan, aunque yo me pierda.

\* \* \*

Jenny Sandoval se lanzó a la vida con los ojos cerrados y dispuesta a triunfar. En el barrio chino su figura esbelta y juvenil, su rostro fresco, sus ojos enormes y misterio-

sos llamaron pronto la atención y la clientela aumentó de día en día.

Al principio sentía una invencible repugnancia, se despreciaba a sí misma; pero cuando se quedaba a solas con su pequeño y le veía tan gordito, tan sano, tan alegre, olvidaba sus propios males y era feliz.

Jenny se hizo popular. El barrio chino ya no tenía secretos para ella. En poco tiempo conoció a todos los hombres de San Francisco, del nuevo San Francisco reconstruido sobre sus propias ruinas. Venían a aquel lugar todos, venían a docenas, a centenares. Viejos libidinosos, jóvenes imberbes, muchachitos recién salidos del colegio, venerables hombres de ciencia, profesores serios, académicos condecorados, abogados ilustres, ladrones, asesinos, periodistas de nombre conocido, policías, militares, estudiantes, anarquistas y hasta los más celosos veladores del orden público y de la moral.

Todos venían al barrio chino a satisfacer sus apetitos, empujados unos por su temperamento bestial, otros por la curiosidad, otros por la atracción de lo desconocido, otros por la costumbre, otros, en fin, para romper por un momento la mo-

notonía de su vida mediocre. Y Jenny fué una de las muchas mujeres sin nombre del barrio chino, una de aquellas centenares de infelices que noche a noche, durante meses, durante años, servían incansablemente en aquel harén público, repudiadas por la sociedad, malditas, acorraladas en sus guaridas como si estuvieran apestadas, víctimas del error más grande de la sociedad...

Pero Jenny tenía un hijo, su hijo adorado, y aquel pedacito de carne, palpitante y tierna, sonrosada y sonriente, era su compensación y su premio. Amah cuidaba del niño. Jenny se había quedado con aquella china fiel que la amparó en la hora del dolor. Era su compañera y su confidente. Amah la aconsejaba, la guiaba en aquel camino tortuoso y difícil emprendido por Jenny.

Jenny no era como sus compañeras, resignadas y dóciles; ella era ambiciosa y tenía un carácter independiente y enérgico. Quiso emanciparse de una odiosa servidumbre y ser ella, a su vez, dueña de su casa; tener a su servicio un buen número de muchachas bonitas, "ampliar", en una palabra, el ne-



gocio emprendido y pasar de sierva a patrona.

Tenía una buena clientela, entre la que contaba con gente influyente. Podía arriesgarse a probar fortuna sin temor al fracaso, segura de que todo marcharía bien. Ella tenía cabeza y energía para ponerse al frente de una casa y sabría vencer a sus competidoras. Habló con Amah de sus proyectos. Sacaron cuentas; trazaron planes; trataron con la policía directamente y abrieron la casa, sencillita, sin grandes pretensiones, con chicas bonitas y precios económicos. El primer cliente, mejor dicho, el socio y poderoso protector de Jenny Sandoval fué Steve Dutton. Steve había escapado a la catástrofe y se había beneficiado de ella con su habilidad de "hombre de negocios". Intervino en los planes de reconstrucción de la ciudad, intrigó, tendió la tela de araña de sus palabras y de sus profundos conocimientos legislativos, logró meterse en política y alcanzar un preeminente puesto que, además de darle buenas ganancias, le había hecho influyente y poderoso. Steve era un asiduo del barrio chino y, al encontrarse con Jenny, al saberla sola, al conocer el rumbo tomado por aquella mu-

jer a la que siempre había deseado, entabló con ella buena amistad. Steve vió pronto que Jenny era una mujer de talento y de energía y comprendió que sería un buen socio para negociar en aquel terreno escabroso en donde un "hombre de honor" podía arriesgarlo todo menos su nombre. El pondría su influencia y su poder en las clases elevadas; ella sus conocimientos y sus mañas de mujer bonita en el barrio chino en donde ya casi era una reina.

Fácilmente se entendieron y la casa de Jenny Sandoval adquirió enorme popularidad. Jenny sabía bien que sobre la conciencia de Steve Dutton pesaban graves delitos; pero había ya perdido todo su sentido moral, se habían adormecido en ella, en aquella temporada de desenfreno, todos sus sentimientos y consideraba todo lo que de asqueroso y repugnante pesaba sobre la conciencia de Steve Dutton y sobre la suya propia, como inevitables detalles de su profesión y apenas les concedía importancia.

La casa de Jenny Sandoval fué pronto la más concurrida de todo el barrio chino, el lugar al que acudían todos los hombres, especialmente los que se preciaban de refi-

nados. Jenny había sabido darle un encanto particular, casi familiar, una gran familia compuesta de mujeres bonitas, alegres, complacientes con los hombres, en la que nunca surgían los enojosos disgustos del hogar y en donde los hombres encontraba una acogida risueña y cariñosa por parte de las chicas educadas en la escuela de aquella mujer que conocía a fondo la psicología masculina y sabía cómo dar siempre gusto a sus clientes.

Jenny fué agrandando el negocio. Después del éxito de su primera casa, instaló una segunda y una tercera y así fué extendiendo su dominio por todo el barrio chino, en donde fué doblegándose todo al influjo de su poderosa voluntad y de su extraordinaria influencia.

Tenía sus intendentas que regentaban las distintas casas, siempre sujetas a una rigurosa inspección por parte de la dueña; su policía secreta, que la tenía al corriente de cuanto pasaba en su "mundo" y aún en el mundo exterior y así podía en todo momento manejar a su antojo voluntades y haciendas, no escapando nada a un control admirablemente dirigido; tenía también sus sabuesos, que rastreaban nuevas presas; sus "damas de socie-

dad" que concurrían a las fiestas aristocráticas y traían de ellas noticias muy interesantes para la marcha del negocio de Jenny Sandoval.

Montado con una admirable precisión, aquel tinglado que día a día iba adquiriendo mayor radio de acción, Jenny ya no se contentó con el negocio de sus casas de tolerancia, sino que extendió su poder al mundo del contrabando, traficando en drogas heroicas, estupefacientes y alcohol.

El contrabando le rendía casi tan pingües ganancias, a veces más, que sus propios establecimientos y, como en este nuevo negocio emprendido tomaban parte personajes bien conocidos entre la alta sociedad de San Francisco, Jenny fué adquiriendo cada vez mayor influencia en las clases elevadas, que tenían forzosamente que doblar la cabeza ante la presencia de aquella mujer, cómplice de todos sus escabrosos pasos.

Steve Dutton fué también uno de los socios más poderosos en esta nueva faceta de las actividades de Jenny. El influyó cerca de la policía, del jefe superior del distrito, para que las partidas de contrabando no tuvieran encuentros desagra-



dables. El soborno era fácil, aunque un poco caro, pero los tiempos eran prósperos y Jenny no escatimaba los obsequios, tanto en dinero como en agradables diversiones.

Cuando Steve Dutton consiguió un puesto elevado entre los políticos de San Francisco, sus amigos organizaron en su honor una fiesta nocturna. Steve acudió a Jenny para suplicarle le mandara unas cuantas "damas de sociedad". En su argot llamaban así a las pupilas de los establecimientos de Jenny Sandoval, que tenían una apariencia de grandes señoras y que no desentonaban en un salón aristocrático, siendo al propio tiempo muchachas alegres, decididas, buenas bailadoras, complacientes, con las que se podía pasar un rato agradable en cualquier sentido, pues lo mismo eran capaces de sostener una conversación con un sesudo profesor, perdiéndose en divagaciones filosóficas, que de contestar a cualquier otro comensal ansioso de distracción frívola.

Jenny escogió a las mejores, a las más elegantes, a las más hábiles conversadoras, mujeres de *esprit* y perfectas damas que alternarían con naturalidad con los invitados de Dutton.

—También yo iré—dijo a Steve—. Quiero presenciar tu triunfo, quiero ser testigo de los honores que te van a ser rëndidos y que son también un poco míos, ¿no es verdad? Iré con Hortensio, es una buena compañera para estas partidas aristocráticas. Hasta la noche, Steve.

Jenny acudió a la fiesta en todo el apogeo de su belleza, realzada por una toilette elegantísima, que era como un marco brillante puesto a sus encantos femeninos. Quería ser admirada y quería, sobre todo, triunfar en aquella velada dedicada a su amigo, a su mejor socio, al hombre sin cuya ayuda no hubiera podido llegar a la riqueza y al dominio absoluto de todo un enjambre de gentes, de todo un pequeño mundo al margen de la sociedad, de la ley y del honor, pero que se sometía como un esclavo a su voluntad suprema de soberana absoluta.

Jenny fué, después de Dutton, la figura principal de la fiesta. En la comida estuvo brillantísima en su conversación, viva en sus réplicas, mordaz en sus comentarios. Los invitados reían y aplaudían a la bellísima mujer que les distraía con su amena charla y a la que al-

gunos parecían querer comérsela con los ojos. Jenny, conocedora del poderoso influjo de su personalidad, lo hacía crecer y reafirmarse ejerciéndolo con un arte y una coquetería incomparables, creando en torno suyo una atmósfera de sensualidad y de seducción que turbaba los sentidos y avivaba las pasiones.

Los comensales gozaron de las delicias de una mesa servida con refinamiento. Las libaciones fueron abundantes y el vino brillantaba las pupilas, desataba las lenguas, dominaba con su alegría artificial a las gentes congregadas alrededor de la mesa. Hubo brindis y discursos en honor del homenajeado. Luego se jugó, se bailó, se divirtió cada uno según sus aficiones, y el vino seguía escanciándose pródigamente.

Steve Dutton había desaparecido. Sus invitados le reclamaban a grandes voces:

—¡La fiesta es en honor de Steve Dutton; queremos que esté entre nosotros!—exclamaba uno.

—Mirad, si se ha quedado dormido bajo la mesa—dijo otro, penosamente, con la lengua trabada por los excesos del alcohol.

—¿Lo habrá secuestrado alguna

de tus amigas, Jenny? —preguntó con ironía otro comensal con una sonora carcajada.

—¡Queremos a Dutton!... ¡Que venga Dutton! ¡Que venga Dutton! ¡Que venga Dutton!... —repitieron todos a coro, con la pesadez de los beodos.

Pasados unos minutos entró en el comedor Steve Dutton. Venía intensamente pálido y la voz le temblaba; pero nadie lo notó. Se apoyó en el respaldo de una silla como si se sintiera desfallecer, y, tratando de sonreír, dijo a los que le aclamaban con aplausos ruidosos:

—Gracias, amigos míos. Estoy emocionado por la prueba de afecto que esta noche me habéis dado. La amistad es lo más bello que hay en la vida. El triunfo, el poder, el dinero... ¿qué son sino cosas triviales comparadas con el valor de la amistad? La dicha sólo se encuentra entre un grupo de buenos amigos... y no tengo que deciros que éste, mis queridos amigos y amigas, es el momento más dichoso de mi existencia...

—¡Muy bien, muy bien!—gritaban de todas partes.

—Has estado admirable, Steve —le dijo Jenny al oído—. Procura



dominar tu emoción; no dejes que ella te traicione.

El ruido de los aplausos arreciaba. Las voces iban subiendo su diapason en la exaltación de aquellos momentos, cuando se personó la policía en el comedor y el jefe superior dió severamente la orden:

—¡Señores, que nadie se mueva de su sitio! Se acaba de cometer un crimen en esta casa.

El estupor paralizó las lenguas. Se miraron unos a otros con desconfianza. ¿Quién era el autor del crimen?... Muchos ojos se posaron sobre Steve que había ya recuperado toda su sangre fría. Pero nadie se movió, nadie se atrevió a decir ni una palabra.

—Es Harris—siguió diciendo el jefe de policía—. Acaba de ser asesinado en la habitación contigua. Es preciso proceder a un detenido registro de todos los que están presentes. El criminal está aquí. La justicia debe descubrirlo.

—¡Eso es intolerable!—murmuró una de las damas—. Nunca hasta ahora había yo recibido semejante insulto. ¿Cómo pueden medirnos a todos con la misma medida!

—Señora, la ley es ley para todos... Repito que nadie se mueva. Lamento tener que portarme tan se-

veramente; pero mi deber me lo impone.

Se procedió a un cuidadoso registro de todos los presentes; pero el resultado fué infructuoso; el arma con que se había asesinado a Ed Harrys no apareció.

—Steve Dutton—dijo el policía, dirigiéndose al héroe de la fiesta—le ruego me perdone, pero como usted y Jenny Sandoval eran los únicos que estaban en la habitación contigua al ocurrir el crimen, me veo precisado a detenerles a los dos. Sígueme hasta la comisaría. Usted, Mr. Dutton, puede ir en su automóvil, pero Jenny Sandoval vendrá conmigo.

—¿Por qué no puede venir Jenny conmigo en mi automóvil?—preguntó Steve, tratando de evitar a ésta la vergüenza de ir en el camión de la policía.

—Lo lamento, Mr. Dutton, pero no puedo complacerle.

—¡Qué importa!—dijo Jenny, mostrando una calma admirable—. Puede usted calzarme las esposas delante de todas esas damas. La limpieza de mi conciencia me da valor para todo.

—Le pido perdón por haber interrumpido su comida—le dijo irónicamente el policía, que conocía

bien “la limpieza de conciencia de Jenny”.

—¡Oh, no, no ha interrumpido usted mi comida; precisamente estaba ya en los postres!—le dijo Jenny, mofándose de él.

—Está bien; venga conmigo a buscar en la delegación el café y los cigarros...

Jenny encontró aún un momento de libertad para susurrar al oído de Steve:

—Sigue la comedia; déjame para mí sola el desenlace.

En la Comisaría se sometió a Jenny a un interrogatorio largo y detallado. El juez, que conocía también a Jenny, como todos los hombres de la ciudad de San Francisco, la acosaba, la acorralaba poco a poco para obtener de ella una confesión. Estaba seguro de su culpabilidad, pero no quería ser el acusador, porque también conocía las venganzas de aquella mujer y quería que fuera ella misma la que confesara o la que, por los menos, cayera en las redes que hábilmente le iba tendiendo. Jenny era demasiado inteligente y había vivido lo bastante para dejarse coger en ellas ingenuamente y se le escurría con una ligereza de anguila desviando siempre las preguntas en exceso in-

sinuantes y contestando con aplomo a aquellas que claramente podían comprometerla. El viejo zorro sentía sobre sí la superioridad de aquella mujer; pero no cejaba en su empeño.

—Conocía a tu padre, Jenny, antes de que tú vinieras al mundo, cuando yo no era más que un número en el cuartel y tenía a mi cargo el distrito de Pacific Street. Tuve que detenerle infinidad de veces... y muchas otras le ayudé a escapar de la justicia.. Era un hombre que valía mucho, pero que no supo darte muy buenos ejemplos... Ya ves que te conozco desde hace mucho tiempo. No puedes engañarme con tu arte. Dime: cuando tú entraste en la habitación donde se cometió el crimen, ¿encontraste a Dutton dormido?

—Eso es, sí, señor; estaba dormido, creo que ya se lo he repetido una docena de veces.

—¿Fué difícil despertarle?

—Difícilmente: era un sueño de beodo, un sueño pesado, como de plomo.

—¿Cuánto tiempo estuviste en aquella habitación, Jenny?

—¡Oh... apenas unos minutos!

—Tus declaraciones no dan ninguna luz en este asunto. Creo que



debe ser uno de los centenares de crímenes que quedan en el misterio... como todas las cosas en las que tú intervienes. Pero hoy se te ha de juzgar más severamente. Pasarás a la cárcel y se te hará un juicio más detenido... En cuanto a usted, Mr. Dutton, puede retirarse. La historia que cuenta esta mujer no es por completo inverosímil, pero ha de haber un criminal y es preciso que lo descubramos.

—¿Pero por qué me da a mi la libertad y detiene a Jenny? Ni ella ni yo tenemos nada que ver con ese crimen. Vamos, Jenny, te acompañaré en mi auto hasta tu casa.

—No, gracias, debo quedarme aquí. Es preciso que pongamos en claro este misterio y soy yo la única que puede aclararlo, según afirma el señor Jefe de Policía.

—Entonces, mañana temprano te llamaré por teléfono. Buenas noches, Jenny.

—Buenas noches, Mr. Dutton—replicó Jenny, con seriedad.

—Dime, Jenny—preguntó el Jefe de policía cuando Dutton hubo salido—, ¿por qué le mataste?

—Yo no he matado a nadie.

—¿Quién lo mató, pues?

—Le he dicho que no lo sé.

—Bien, tú eres la única que es-

taba en la habitación con Ed Harris.

—¿No le he dicho que también estaba Dutton allí?

—¿Qué pretendes? ¿Culpar a Steve Dutton?

—¿Olvida usted que le he repetido infinidad de veces que Dutton estaba dormido? ¿Por qué acosarme a preguntas? Yo no lo maté. Averigüe usted quién fué el criminal; para eso es usted el detective.

—Pero, criatura, ¿tú no comprendes que cuando estés delante del Jurado éste no creerá en esa historia inverosímil que cuentas. Tú eres la única que estaba despierta en la habitación en donde se cometió el crimen e insistes en afirmar que no viste nada... ¡Es absurdo! Tu acusador tendrá contra ti mil pruebas; invocará toda tu vida... Jenny Sandoval, nacida en una taberna... Hija de un padre de conducta tortuosa... dueña más tarde del barrio chino... ¿No comprendes que no hay nada que hable en favor tuyo?

—¿Nada? ¡Me basto yo sola!—dijo Jenny con fiereza—. Usted ve en mí un bonito caso para su carrera y quiere aprovecharlo. Pues no será, no; soy inocente de este

crimen que usted me imputa... ¡aunque tenga sobre la conciencia otros que nadie me ha atribuido!... ¿Lo que usted quiere es hacer de mí una grada para remontarse en su carrera, para ganar un sueldo mejor!

—¡Oh, Jenny, sólo con verte basta! En este momento te muestras más convicta que si confesaras llanamente tu crimen.

—¿Convicta de qué? Soy Jenny Sandoval, la mujer que se lanzó a la vida para huir de la miseria... El terremoto me arrebató a mi amante... me quitó todos mis bienes... se llevó a mi padre... ¿Qué iba a hacer sola y sin amparo de nadie? ¡Me dejé arrastrar por la vida... y estoy acostumbrada a todo! ¡Esta es Jenny Sandoval!... Pero Jenny no es la asesina de Ed Harris, ¿lo comprende usted?

—Yo no comprendo nada. Ya te explicarás mejor ante el tribunal y los jurados.

Jenny pasó a la cárcel y se siguió contra ella proceso criminal. Pero Steve Dutton fué su defensor; habló con la elocuencia que le era característica y con el ánimo que le daba la certeza de la inculpabilidad de Jenny. Luego puso en juego todas sus influencias; pagó

un poco caras la rectitud de algunas conciencias que se resistían a ceder... pero logró que Jenny fuera declarada inocente.

—Jenny, te han absuelto; los Jurados han comprendido tu inocencia en este crimen... pero... —Steve Dutton titubeaba, no sabía cómo abordar la cuestión que le resultaba harto penosa, y Jenny, pendiente de los labios de Dutton, esperaba aquella frase que presentía iba a causarle un dolor.

—Jenny—continuó tras una breve pausa Steve Dutton—, ¿por qué no me habías dicho nunca que tenías un hijo?

—¿Qué le ha pasado?—preguntó Jenny, con ansiedad—. ¿Qué le ha pasado, dime?

—No te inquietes, el niño está bien; pero este proceso... Tú eres valiente, Jenny, voy a decirte lo que ocurre. La Liga de Protección a la Infancia quiere quitarte el niño, pues dicen que el ambiente en que vives no es propicio para una conciencia infantil...

—¡Oh, no, no; no quiero que me quiten a mi hijo, no quiero; es todo cuanto tengo en el mundo! ¡Mi hijo es sólo mío... yo puedo hacer de él lo que quiera! ¡No, no me cogerán a mi Dan, yo sabré defenderlo!



—Será inútil, Jenny. En estos casos la ley es inflexible, no te dejarán a tu hijo; un niño no puede vivir en manos de una persona como tú... No te ofendas, no soy yo quien lo dice, es la ley, la ley severa y rigurosa... ¿Por qué no me dijiste antes que tenías un niño?... Yo te hubiera guiado, te hubiera ayudado a ponerle en un lugar seguro...

—No quería inmiscuir a mi hijo en nada, en nada de todo cuanto me rodea, le quería hacer vivir una vida aparte de la mía, preservarle de todo cuanto no supieron preservarme a mí cuando era pequeña... ¡Y ahora me lo han robado! ¡Y me lo han robado por culpa tuya, por querer salvar tu vida he perdido a mi hijo! ¡Devuélvemelo! Ve a buscarlo... ¡No quiero que me roben a mi hijo!

—Cálmate, Jenny. Haré todo lo humanamente posible para que no se lleven al niño. Tú sabes que te ayudaré en todo. No desesperes. No llores. Sé valiente.

—Haz algo por mi hijo. ¡No te estés parado, los minutos son preciosos! ¡Qué me importa la libertad si me quitan a mi hijo!... Vamos, vamos a casa, quiero defenderle yo

contra todos. ¡Nadie podrá contra mi amor de madre!

Jenny corrió a su hogar en busca de Dan.

—Amah—dijo echándose en brazos de su fiel criada—. ¿Dónde está Dan?

—Está bien, señorita, no se apure por él. He seguido el proceso, he leído los periódicos, sé todo lo que pasa... y le he mandado a casa de mis parientes esta mañana temprano para tenerlo alejado de estos lugares. Yo era la responsable del niño mientras no estaba usted en casa y... naturalmente, he hecho cuanto he podido para que no le pasara nada malo.

—¡Qué buena eres, Amah! Gracias. ¡Pero ahora es preciso llevar al niño más lejos, donde esa maldita Liga no pueda alcanzarle! Le haremos pasar la frontera de México; allí estará a salvo.

—Hasta allí le perseguirán si saben que está bajo tu tutela —le dijo Steve Dutton—. Es preciso, Jenny, que mires las cosas con frialdad y que razones con justeza. Yo conozco un matrimonio muy honrado, que está en excelente posición y a quien lo único que le falta es un hijo que le acompañe. Ellos adoptarían a Dan y le trata-

rían como a un hijo propio, le cuidarían tan bien como tú puedas hacerlo... ¡Piensa en esta proposición, piensa en que, es lo que más te conviene, si sacrificarle por tu pequeño separándote de él o tenerle encerrado en los laberintos infectos del barrio chino... o en un asilo de niños abandonados!

—¡Calla, calla, Steve; no me hagas daño con tus palabras, no me hagas sufrir más!... ¡No quiero separarme de mi pequeño... no quiero!—y lloraba como una chiquilla inconsolable.

—Escucha la razón, Jenny; no seas niña, tú que siempre has mostrado ser tan mujer. La separación será temporal, sólo hasta que pase la efervescencia suscitada por este proceso... Luego te reunirás otra vez con él.

—Tienes razón, Steve; haz lo que quieras... ¡No puedo más!...

—Dan estará muy bien en casa de los Reynolds. Son gentes buenas, acomodadas, no le faltará nada, yo te lo prometo. Le darán todo cuanto tú pudieras darle, todo... Una ocasión como esta no se presenta dos veces en la vida... y luego, es el único medio de que tu hijo escape a la vigilancia de la Liga de Protección a la Infancia.

### III

#### CRUELDAD INFANTIL

La vida de Jenny Sandoval siguió rodando por la misma pendiente a la que la vida la había conducido. Su radio de acción se extendía a toda la ciudad. Las autoridades, la policía, las más altas esferas sociales dependían, de una manera más o menos velada, de la voluntad férrea de aquella mujer que tenía talento y capacidad viriles para el negocio y que sabía llevar con cierta mano todas sus empresas a buen término.

Trabajaba quizás con más entusiasmo, con más fervor, con más ánimo que hasta entonces y emprendía las más difíciles especulaciones, los más intrincados negocios, arriesgando su vida y su hacienda para conseguir ganancias siempre crecientes. En el barrio chino se la admiraba y se la temía. Sus intendentes se reunían en casa de Jenny Sandoval una vez por semana y, después de ser obsequiadas espléndidamente con un te servido con toda clase de refinamientos, hablaban de negocios y ponían ante los ojos de Jenny los libros de ingresos y gastos, a los que la infatigable mujer daba su visto bueno después de



un examen muy detenido y de no pocas discusiones con alguna de ellas que había querido hacerse particularmente algún pequeño negocio tratando de ocultarlo a los ojos de lince de la directora. Siempre tenían que ceder ante la clarividencia y el aplomo de Jenny y nunca se atrevieron a traicionarla por miedo a sus venganzas terribles. Aunque en el fondo la temían y la envidiaban, sabían tratarla con deferencia y respeto, convencidas de que sólo la sumisión conseguiría mantenerlas en sus puestos.

—¡Miss Jenny, qué café tan delicioso toma usted! Tendrá que decirnos dónde lo adquiere para que se lo demos a nuestras pupilas. El café es menos perjudicial que el opio... y mis chicas son unas empedernidas bebedoras de café — le dijo una de las intendentas, después de la succulenta merienda que Amah les había servido.

—Les conviene más el opio, querida — le replicó Jenny—. Con el café apenas nos queda ganancia y el opio nos proporciona, en cambio, uno de nuestros mejores ingresos. Bueno es que nosotras nos regalemos con esta bebida deliciosa... pero deje que nuestras pupilas nos paguen los trabajos que por ellas nos

tomamos. ¿Y qué? ¿Cómo han ido los negocios este mes?

—Una maravilla, miss Jenny; han aumentado en más de mil dólares los ingresos y creo que en el próximo balance aún podremos contar con una cifra mayor.

—Así da gusto, que el trabajo responda a nuestros esfuerzos. Así, hablar de negocios, resulta un verdadero placer, ¿no les parece?

—¡Oh, sí, es un encanto ver que todo marcha tan bien!

—Estoy contenta de todas ustedes, muy contenta. Ahora hace falta que se modifiquen algunas habitaciones de la casa de miss Beulah. Están muy deteriorados los muebles y podría esto entorpecer la marcha del negocio. Tome usted nota de ello, por favor, miss Beulah, y el próximo día saldaremos la cuenta. Gracias por todo. Espero que seguirán trabajando con igual entusiasmo al ver los resultados que da un trabajo continuado y atento. Hasta muy pronto, queridas; las espero la semana próxima y procuraré que el café sea todavía mejor que el de hoy... ¡Pero no me olviden la venta del opio entre sus pupilas!

Cuando Jenny se quedó sola repasó sus cuentas, consultó detenidamente el debe y el haber de su li-

bro mayor y sonrió con sonrisa de triunfo al convencerse una vez más de la prosperidad de sus asuntos.

Llamó por teléfono y, cuando le contestaron desde el otro lado del hilo, dijo apresuradamente:

—¿Steve Dutton? Aquí Jenny Sandoval. Necesito verte en seguida. He de hablarte de algo muy importante.

Mientras aguardaba su llegada se arregló ante el espejo; compuso su rostro, que irradiaba felicidad; se peinó su rubio cabello, que brillaba con reflejos dorados, dulcificando la expresión de sus ojos, que conservaban, en su mirada azul, un cierto aire de candor adorable y que ahora reían con una extraña alegría pocas veces sentida y pocas veces manifestada en sus facciones, siempre atormentadas por alguna idea oscura o por algún pensamiento triste.

Steve Dutton no tardó en llegar.

—¿Qué ocurre, Jenny? — preguntó antes de saludarla—. ¿Te encuentras en algún apuro?

—No; ya se acabaron las contrariedades; ahora todo marcha a la perfección, no tengo motivos de quejarme de la suerte. La vida me sonríe y el sol brilla para mí hoy,

después de tres años de sombra eterna...

—No te comprendo, Jenny.

—¿No?... Mira, Steve, tengo un regalo para ti. Tú fuiste muy bueno conmigo cuando yo era pobre, tan pobre que no tenía ni qué comer. Ahora puedo devolverte todo el dinero que entonces me prestaste. Toma, lo he ganado con mi trabajo.

—¡Oh, Jenny, tú sabes que yo no puedo aceptar eso!

—Tú me dijiste que aceptara tu oferta como un préstamo, ¿te acuerdas? A mí me repugnaba tomar el dinero, pero lo acepté a condición de que te lo devolvería cuando pudiera. El momento ha llegado. Gracias al negocio que tú me ayudaste a establecer, he podido ganar miles de dólares; esto que ahora te doy es una pequeña cantidad sin importancia para mí. ¿Por qué resistirte a aceptarlo? Es tuyo, tómallo. Yo tengo una buena renta que he ganado haciendo servir de base la cantidad que tú me prestaste. Legalmente, este dinero es todo tuyo y, sin embargo, yo me limito a devolverte la primera cantidad, sin intereses...

—No, no, Jenny, no hablemos más de esto, guárdalo todo para ti



— replicó Steve, molesto por aquella insistencia.

—No, Steve. He acariciado durante tres años la idea que hoy voy a poner en práctica. Durante tres años he vivido economizando, contando uno a uno los dólares que entraban en mi caja, evitando todo gasto superfluo, tratando sólo de amontonar una buena fortuna. Tú sabes que no soy avara y que no era por el placer de ver crecer mis ganancias por lo que trabajaba con tanto ardor, sino porque cada dólar era un pequeño pasito que daba hacia mi hijo, un pasito que me acercaba a él. Desde que Dan salió de esta casa, hace tres años, toda mi ilusión, todos mis esfuerzos, todos mis pensamientos han tenido un solo punto: ¡recuperar a mi hijo!... Hoy puedo hacerlo. Cambiaré de nombre, liquidaré mis negocios; me nacionalizaré en otro país, en cualquier país de Europa, donde nadie pueda sospechar mi pasado, y allí viviré una vida honrada, haciendo de mi hijo un hombre de provecho. He pagado un precio muy caro para llegar a este fin, Dutton; pero no me importa. El tiempo conseguirá hacerme olvidar a mí misma lo que he sido... ¡Y mi hijo no sabrá nun-

ca, nunca, cómo labró su madre su fortuna y su bienestar!

—¿Lo has pensado bien, Jenny? —preguntó Steve con cierta melancolía, ante el temor de perder a su socia y colaboradora eficaz.

—Sí, todo ha sido meditado largamente. Se acabaron mis visitas furtivas a casa de los Reynolds para ver a mi pequeño a través de una ventana o por entre los hierros de la verja del jardín, ocultándome siempre a sus miradas. ¡Ahora tendré a mi hijo para mí, para mí sola, sin que nada se interponga entre él y mi cariño de madre, este cariño que me ha hecho cometer tantas locuras!... ¡Dan será otra vez *mi hijo*! ¡Ahora no es más que un extraño para mí, es el hijo de los Reynolds... y no quiero que ellos me roben el cariño del niño!

—Está bien, Jenny; me parece muy razonable tu modo de pensar... Lo natural es que quieras vivir con tu Dan... Sentiré perderte... pero comprendo tu deseo... ¡Sea como tú quieras!

Jenny llegó a casa de los señores Reynolds, ataviada como una gran dama, sobria y elegante, sin detalle alguno que pudiera descubrir en ella su verdadera personalidad. Había salido del barrio chino decidi-

da a no volver nunca jamás a él, y quería borrar de su persona las huellas que pudieran haberle dejado aquellos años pasados en el barrio tenebroso... Anticipadamente había anunciado por carta su llegada y el objeto de su visita, y los señores Reynolds, dos ancianitos buenos y simpáticos que querían a Dan como a su propio hijo y que le habían tratado en aquella larga temporada con todo el mimo y el regalo, esperaban la llegada de la madre con una infinita tristeza que no se atrevían a confesarse mutuamente.

—Ustedes saben a lo que vengo —dijo Jenny, evitando comenzar con preámbulos penosos—. Quiero trasladarme a Europa y deseo llevar conmigo al niño; ustedes comprenderán que es un deseo muy natural en una madre. ¡No podría vivir tan lejos sin él! Es todo cuanto tengo en el mundo...

—Sí, señora; es lo lógico... Tiene usted razón... Pero Dan representa tanto para nosotros, pobres viejos solitarios, que no extrañe se nos haga muy dura, muy dura esta separación... ¡Queremos tanto al niño!... ¡Es tan bueno, tan cariñoso, tan alegre! Esta casa se quedará completamente vacía cuando él se

marche. Usted perdone la tristeza con que la recibimos; pero sabremos ser fuertes delante del niño —dijo el señor Reynolds, casi con lágrimas en los ojos y tratando de contener su emoción.

—¿Se lo llevará usted ahora mismo? —preguntó su esposa, secándose las lágrimas que fluían en abundancia de sus ojos intensamente tristes.

—¡Sí, señora; es preciso... y es mejor que esta situación tan triste para ustedes no se prolongue!

—¡Que venga el niño! —ordenó el señor Reynolds al criado que había acudido a su llamamiento.

Dan, hecho ya un hombrecito de cinco años, acudió acompañado de la niñera, que, empujándole suavemente, le dijo:

—Saluda a tu mamá, Dan.

Pero el niño miró a aquella señora que le era por completo desconocida, miró a los que le habían hecho de padres con tanto amor y, viendo llorar a la viejita, se echó en sus brazos y le preguntó, mimoso:

—¿Por qué lloras, mamaíta? No quiero que llores... ¡Mírame contenta!

—Oye, Dan —dijo el señor Reynolds, tomando al niño de la mano y



hablándole como si ya fuera un hombre—. Eres un muchacho formal, ¿verdad?, y es preciso que te separes de nosotros por una temporada...

—¿Iré a la escuela militar? — preguntó el pequeño, que soñaba con ser capitán general.

—No, aun no; ahora irás a hacer un viaje muy largo y muy bonito en un gran barco... Cruzarás el mar... A ti te gustan mucho las aventuras de los cuentos, ¿no es cierto? Pues tú vas a vivir una de esas admirables aventuras. ¿Estás contento?

—¿Pero mamá y tú vendréis conmigo?

—No, tú irás con tu verdadera mamá, con esa señora que te quiere más que nosotros, porque es tu madre verdadera.

—Dan, ¿no te acuerdas de mí? ¡Mírame! ¿No sabes quién soy? — preguntó Jenny, ansiosa, triste, al ver la indiferencia que el pequeño le mostraba desde que había acudido al salón.

—Usted no es mi mamá — dijo Dan con su seriedad de hombrecito—. Yo no la conozco... Mamá — añadió, dirigiéndose a la señora Reynolds—, yo no conozco a esa señora; yo no quiero marcharme con ella... ¡No dejes que me lleven, ma-

má, déjame quedar aquí, contigo y con papá!... ¡Yo no quiero marcharme! — y se puso a llorar con todo su sentimiento infantil.

—Me avergüenza tu conducta, Dan—dijo el señor Reynolds, severo, pero dulcemente—. Ningún hombre formalito y serio como tú se porta de esta manera.

—¡No quiero marcharme!... ¡No quiero marcharme!... — seguía llorando el pequeño—. ¡Yo no quiero a esa señora!...

—No se esfuercen — dijo Jenny, levantándose, serena, pero con una expresión de amargura infinita—. ¡No se esfuercen... gracias! No me creo con derecho suficiente para separar a este niño que les adora de su lado... El es feliz con ustedes... ¡y yo lo único que anhelo en la vida es la felicidad de mi hijo! ¡La mía no cuenta... he sabido prescindir hasta ahora de ella! Dan, a su lado, será un hombre de provecho, será un perfecto caballero, será todo lo que yo quería hacer de él... Ustedes han sido sus padres, más verdaderos, mejores que yo... No tengo derecho a labrar la desdicha de tres personas por un egoísmo mío que a nada puede conducir... El niño les ama; déjenle en la ilusión de que son ustedes sus únicos

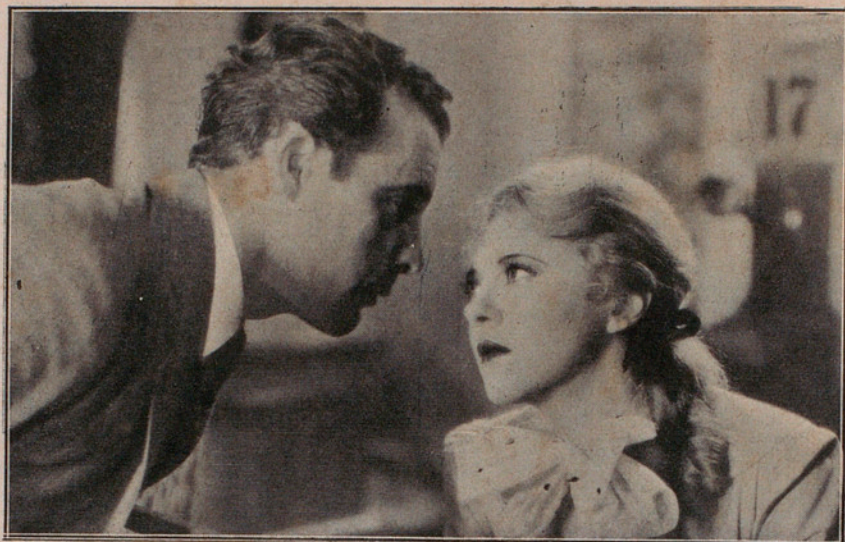


El viejo Sandoval, en cambio, odiaba al pianista.



... Dan se enamoró locamente de aquella muchacha...





—Le diré la verdad y tendrá que dar su consentimiento.



—Padre, quiero hablarte de algo muy importante.

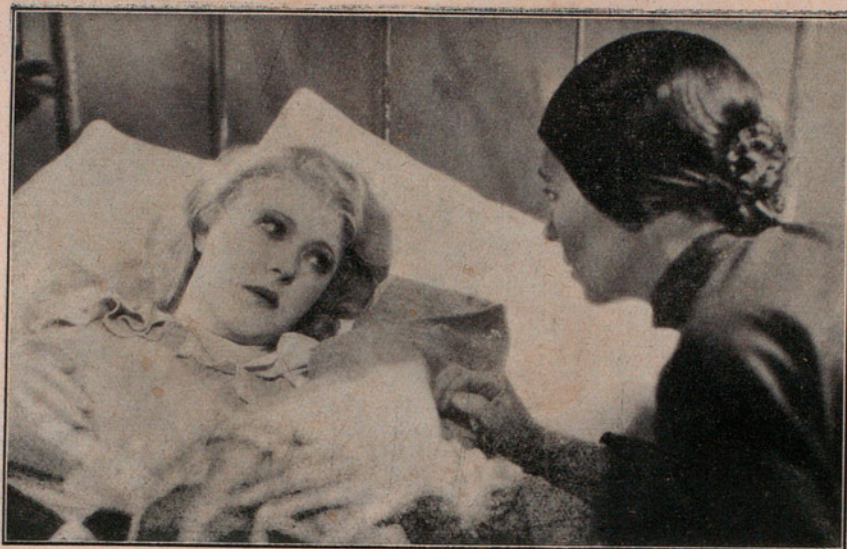


Fué el temblor de tierra más espantoso que se haya registrado.



... en cuyo derrumbamiento murió su padre...





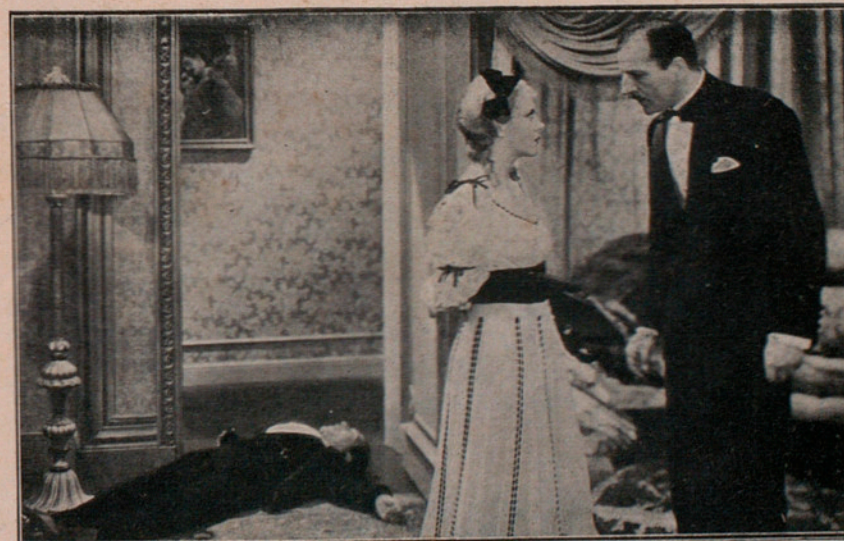
—Bendita la mujer que se ve honrada con el fruto de su amor...



... era una mujer de talento y de energía...

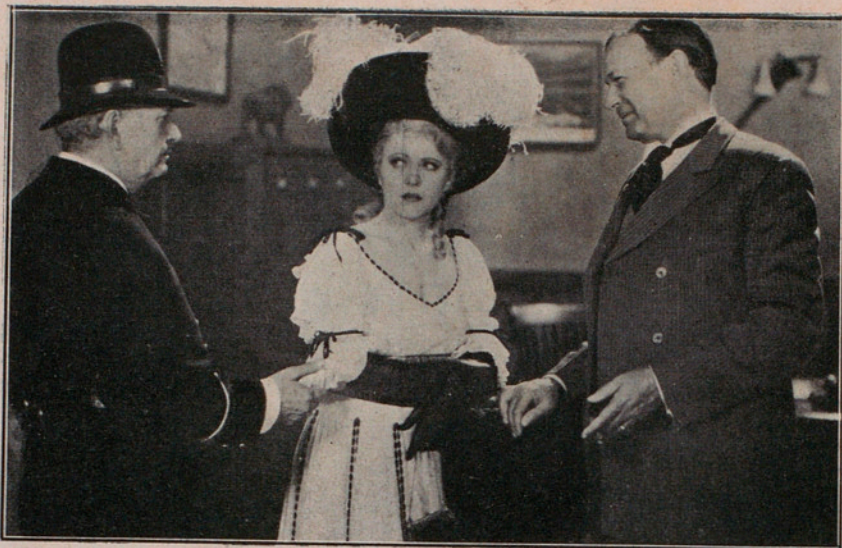


Tenía sus intendentas...



—Sigue la comedia; déjame para mí sola el desenlace...





En la Comisaría se sometió a Jenny a un interrogatorio largo y detallado.



—¿Lo has pensado bien, Jenny?



—¡No, no; tú no harás esto, tú no puedes hacerlo!



—¡Detente, Steve!





—¡Detened a esa mujer!



... escuchaba aquellas palabras de acusación brotadas de los únicos labios que hubieran podido defenderla...

padres; ¡no le digan nunca que yo existo! Cuando sea mayor quizá se arrepentiría de haber obrado como ahora obra impulsado por su ingenuidad de niño, y no quiero, ¡oh, no quiero que jamás mi sombra pueda proyectar sobre él ni la más leve tristeza!

Acarició al niño, que la miraba asombrado y receloso; acarició largamente aquella cabecita rubia; le miró sorbiendo las lágrimas para que el niño no viera en sus ojos el dolor de aquella separación; le besó en la frente con ternura, prolongando aquella muda despedida que le desgarraba una a una las fibras de su corazón de madre y, cuando sintió que los sollozos la iban a ahogar, salió sin pronunciar palabra, sin volver la cabeza, temerosa de una debilidad que no quería sentir, resuelta a consumir su sacrificio, sin restricciones, para que Dan fuera feliz.

Cuando se encontró instalada en su automóvil que la llevaba lejos de su hijo, donde ya no lo podría recuperar nunca, las fuerzas la abandonaron, sintió subirle a la garganta toda la amargura de su vida deshecha, la inundó una oleada de tristeza tan honda y tan profunda, que ni las lágrimas quisieron prestarle

su consuelo, y sollozó, con esos sollozos desgarrados y dolientes que destrozan el alma y abrasan el pecho con su dolor.

Amah la recibió sin preguntarle nada, adivinando la tragedia que se desarrollaba en el corazón de su dueña, y la dejó sola, convencida de que la soledad es en estos momentos de intenso sufrimiento, la única cosa amable que presta un poco de alivio a la amargura de las horas negras de la vida.

\* \* \*

Steve Dutton encontró a Jenny a los pocos días, cuando ya ella había recuperado su serenidad, cuando ya se había decidido a continuar por la senda que de antemano le había trazado el destino y de la que no podía separarse, como si una mano implacable la detuviera en él.

—¡Jenny! — exclamó, sorprendido—. ¿Qué ha pasado?

—Nada... Cuando yo creí que ya había acabado mi tortura, me he dado cuenta de que apenas comenzaba...

#### IV

#### LA LUCHA ELECTORAL

Los años pasaron con su velocidad apenas sentida sino después de



su rápido paso. La vida rodaba siempre igual y siempre distinta, ofreciendo sus intervalos de dicha y de dolor, de luchas y de sosiego, empujando a todos los humanos cierta e inevitablemente hacia un mismo fin, aunque por caminos harto dispares y lejanos.

Jenny Sandoval no había vuelto a ver a su hijo, pero seguía muy de cerca todos sus pasos. La prensa le traía a veces ecos de la vida del hijo que ya era un hombre, y cuando la prensa no hablaba de él, Jenny encontraba mil medios para averiguar todas las andanzas del único ser amado que en el mundo tenía, de aquel ser al que había sacrificado heroicamente su vida y su tranquilidad, tanto más valeroso su sacrificio cuanto que había de ser siempre desconocido y, por lo mismo, no podía esperar de él una compensación.

Dan había asistido a la Universidad y Jenny siguió con impaciencia todo el proceso de su carrera de abogado, hecha con éxito. En la época de los exámenes, Jenny no comía, no dormía, no sosegaba hasta saber el resultado de las notas obtenidas, y cuando veía que su hijo se llevaba siempre los mejores premios, que las matrículas de ho-

nor coronaban siempre sus exámenes, que los profesores le ensalzaban y que en la Universidad era apreciado y estimado de todos, su orgullo maternal crecía y una íntima satisfacción la hacía vivir en una especie de paraíso aislado de todo su mundo depravado y amoral por el que sentía ahora una creciente repugnancia.

Tenía un pequeño archivo de todos los recortes de prensa, de todas las fotografías que había podido obtener, por mil medios distintos, del ser adorado, y en las horas de depresión y de amargura, iba a refugiarse en aquellos recuerdos, pequeñas nimiedades que hubieran hecho sonreír a todo el que no fuera capaz de comprender la exquisita sensibilidad del corazón de una mujer hecha madre.

Amah la acompañaba muchas veces por lo que ella llamaba "el senderito de los recuerdos", porque comenzaba siempre por sacar a la luz los pequeños objetos que usaba el nene cuando aun estaba a su lado, antes de la dolorosa separación impuesta por una ley implacable y que había acabado robándole por completo a su hijo, a su propio hijo, al pedazo de su ser, al que amaba con toda la fuerza poderosa de

su alma apasionada. Eran las ropitas del bebé, impregnadas aún de ese olor peculiar de los recién nacidos, olor de carne fresca, apenas contaminada por el aire de la vida; los primeros juguetes del niño: unos soldaditos de plomo, un caballito de cartón, un pequeño balón de fútbol...; un ricitito de la cabellera dozada, el primero que la mano del peluquero cortó para dar a la cabecita un aspecto masculino (Jenny puso empeño en hacer de su hijo, desde muy niño, un verdadero hombre, apartando de él todo lo que pudiera afeminarle o crearle gustos en exceso delicados; los libros que sus manitas torpes habían roto o manchado al hojearlos para mirar ávidamente las láminas fantásticas de los cuentos; los retratitos que le representaban en mantillas primero, con su primer trajecito de hombre después... Y luego ya los retratos de su hijo al ingresar en la escuela y al terminar el bachillerato; los artículos en que se elogiaba su talento y su destreza; los reportajes deportivos en los que campeaba su nombre (era el campeón de varios juegos entre sus compañeros de escuela) y las fotografías publicadas en las revistas de deportes, al pie de las que se leía siempre un epí-

grafe halagador. Más adelante eran ya los retratos del hijo hecho hombre; del hijo triunfante en los exámenes del doctorado, vestido ya con su toga y su birrete, que le daban un aspecto de hombre concienzudo si no se miraba con detalle su rostro, en el que las facciones mostraban aún en exceso el diseño suave de la juventud. Pero en los ojos de Dan, siempre, ya desde los retratos infantiles, había una seriedad, una profundidad tal, que Jenny, al contemplarlos decía siempre:

—Tiene una mirada profunda, de gran pensador; serena, de rectitud de conciencia; un poco fría, de intransigente en las faltas ajenas... Este hijo mío está llamado a llegar muy lejos... me lo dicen sus ojos, esos ojos que muestran siempre el reflejo de su inteligencia y la derecha de su alma.

Amah, sobria de palabras, tan amante de Dan como su misma madre, respondía invariablemente:

—Confucio dice: "Bienaventurada la madre del hijo del hombre."

—Bienaventurada, sí, Amah, bienaventurada aunque el hijo no sepa que su madre existe, bienaventurada aunque por el hijo tenga que sufrir toda una vida de torturas y



de sacrificios, bienaventura aunque muera ignorada, bienaventurada mil veces la mujer que pueda decir: ¡tengo un hijo! Yo me siento feliz, completamente feliz al pensar en mi Dan. ¿Qué importa que no esté conmigo si yo estoy siempre con él? Amah, veremos a Dan subir muy alto, muy alto... y si yo puedo, si mi influencia oculta puede ayudarlo, ¡le haré llegar hasta presidente de la República! ¡Es mi hijo, mi hijo, y quiero que sea todo un hombre, del que hablen las generaciones futuras!

Así hacía Jenny proyectos y trazaba planes siempre que seguía "su senderito de los recuerdos" y, como si algo la favoreciera, su hijo iba poco a poco subiendo por la escala social, distinguiéndose por encima de los demás hombres de su generación. Era un muchacho de talento y formal en todos sus actos. La rectitud de su conducta, si le creaba alguna enemistad entre los que estiman más a los hombres que siguen senderos tortuosos, le creaba, en cambio, entre las gentes honestas, una alta estima y una valiosa influencia. Jenny sabía todo esto y sabía que su hijo llegaría alto, muy alto. Y esto la hacía feliz.

La prensa comenzaba a publicar las primeras noticias acerca de las elecciones de Fiscal, que prometía ser muy interesantes por los candidatos que en ellas se presentaban y que serían también muy reñidas por los distintos partidos que en ellas tenían su representación.

Jenny comenzó a leer con interés todos los detalles, esperando en que su hijo se presentara también a aquellas elecciones, recién terminada su carrera. Si lo hacía y triunfaba, era un paso gigantesco el que el muchacho daría en la vida. Jenny quería que su hijo diera ese paso magnífico y comenzó a tender sus redes a fin de que Dan no encontrara obstáculos para obtener una candidatura valiosa y pujante que tuviera antes de comenzar la lucha todas las probabilidades de éxito.

Visitó a todos los jefes de los partidos políticos, habló con ellos mostrando una diplomacia y una discreción insuperables; se enteró de todo cuanto le convenía saber y no dejó traslucir en lo más mínimo ninguno de sus planes. Todos la recibían bien y la halagaban porque sabían que su ayuda podía serles de mucho provecho para sus fines, y procuraban atraerse sobre

sí tan poderosa influencia. Jenny dejaba a todos esperanzados sin prometer nada e iba acaudalando un buen número de conocimientos que le eran indispensables para poder proteger al único candidato que le interesaba en el momento de la elección.

Jenny no descuidaba entretanto sus negocios, pero estaba un poco apartada de ellos. Los había dejado en manos de Steve Dutton y otros amigos fieles, y eran ellos los que más directamente intervenían en el tráfico de contrabando, siempre respaldados por la influencia de Jenny, poderosa y firme, con la que nada había que temer. Steve protegía a un candidato, Tom Ford, del que estaba seguro no se interpondría nunca en ninguno de sus negocios y que se contentaría para ello con un precio razonable. Era Tom Ford hombre de pocos escrúpulos, habitual al barrio chino, conocedor de toda la cuadrilla capitaneada por Jenny Sandoval y, muchas veces, había ya tomado parte en alguno de los arriesgados golpes de mano que se daban en los muelles y a través de la ciudad.

Steve Dutton quería conquistar para ese candidato la influencia de Jenny, a la que veía hartamente indife-

rente en aquella lucha política de la que dependía el bienestar o la ruina del barrio chino, según subiera a la fiscalía del distrito un amigo o un enemigo de esa clase de asuntos peligrosos.

Jenny se mantenía en una reserva absoluta, esperando los acontecimientos, confiada en que el destino la favorecería y que sería su hijo el triunfador. Pero no quería aún exponer sus maquinaciones a Steve, convencida de que éste se declararía antipartidario de apoyar la candidatura de Dan Reynolds, ya que Dan Reynolds era el hombre íntegro, recto, digno, incapaz de someterse a ninguna villanía, dispuesto a cortar de raíz todos los vicios que anidaban en aquel distrito, cuartel general del hampa y de la escoria de la ciudad.

A casa de Jenny Sandoval acudían, como siempre, los hombres influyentes y las más sobresalientes personalidades. Lentamente, con arte diplomático, que muchos políticos de alto valer hubieran envidiado para sí, les fué infiltrando la idea de que sólo Dan Reynolds era capaz de ocupar con toda dignidad el puesto de Fiscal en aquel distrito peligroso. Les hacía ver las energías del muchacho, en plena juven-



tud, en plena fuerza creadora; su talento poco común y, sobre todo, su integridad probada ya en otras esferas y que le había valido la estima de sus conciudadanos.

El terreno estaba bien abonado y abonado a tiempo. Ahora sólo quedaba la espera inquietante, el temor de que cualquier tormenta política viniera a destruir en un momento el trabajo de muchos meses.

Jenny sabía que, en su esfera, la candidatura de Tom Ford era la que obtendría más votos, que nadie votaría por Dan Reynolds, que a nadie se le ocurriría imaginar que era ésta la candidatura que ella favorecía, pero estaba casi segura del triunfo de su hijo... La ciudad era grande y el poder de Jenny Sandoval hacía tiempo que estaba extendido mucho más allá de las fronteras del barrio chino.

El día de las elecciones se aproximaba y Jenny sentía crecer en ella un nerviosismo que no era capaz de dominar. Los jefes de la banda de contrabandistas que estaban bajo su mando directo, dieron en aquellos días una magnífica batalla ayudados ya por Tom Ford, que se compraba así los votos de todas aquellas gentes.

—¡Miss Jenny!—exclamó Wea-

ver, uno de los más arriesgados contrabandistas, que trabajaban para ella—. ¡Qué hermosa jornada!

—¿Ha ido todo bien?—preguntó Jenny.

—Nunca había ido tan bien, se lo aseguro. ¡Cien cajas de ginebra! ¿No le parece magnífico?

—¿Todas en buen estado?

—¡Magníficas! Y otras cien cajas de whiskey, también en perfecto estado. ¡Como que se ha podido trabajar sin prisas, tranquilamente!

—¿No habéis tenido ningún mal encuentro?

—Nunca hay tropiezos en estos casos cuando vamos protegidos por usted, miss Jenny.

—¿De veras? ¡En todo soy muy afortunada!

—Y como esta vez hemos tenido la ayuda de Tom Ford, la expedición ha sido afortunadísima. ¡Qué hombre ese Tom! ¡Un valiente! Nos ha dado toda clase de facilidades para que pudiéramos trabajar con calma. Cuando suba a su puesto será el mejor Fiscal de toda la América. ¡Se lo aseguro!

—¿Supongo que... todos votaréis por él?—preguntó Jenny, para compulsar el estado de ánimo de sus gentes.

—¡Cómo! ¡Pues no faltaba más! Todo el que no vote por lo menos tres veces a su favor será expulsado de la banda. ¡Esta es la orden! ¡Considerándole como un traidor!

—¿Quién os ha dado esta orden tan severa?

—Steve Dutton.

—Está bien, así se trabaja—dijo Jenny, evadiendo demostrar un sentimiento contrario. Y tras una breve pausa continuó:

—Y ese muchacho que se presenta, Dan Reynolds, ¿tiene alguna probabilidad de triunfo?

—¿Quién, ese muchacho imberbe?—dijo con desprecio Weaver.

—Ni tanto así—e hizo sonar la uña de su dedo pulgar—. Creo que sólo obtendrá un voto... ¡el suyo propio!—y se rió con estridencia, convencido de que era del agrado de Jenny el conocimiento de la derrota de aquel jovenzuelo que, de subir al cargo de Fiscal, estropearía todos sus planes o, por lo menos, les pondría estorbos en exceso.

Jenny aprovechó la ocasión de ver entrar a Steve Dutton, para despedir a aquel hombre y no continuar la conversación, que ya la molestaba.

—¿Qué hay, Steve? ¿Vienes a cobrar el cheque de la última parti-

da de opio? Te lo haré efectivo tan pronto como yo haya cobrado todo su importe; aun no he liquidado y no sé a punto fijo lo que se puede pagar por ella.

—No hay prisa, no hay prisa, Jenny. Siempre serás la misma, siempre te empeñarás en hablar de negocios antes que todo, como si en el mundo no hubiera nada mejor que el dinero. Además a mí el dinero, mientras está en tus manos, no me inquieta; me tortura más cuando está entre las mías... ¡porque entonces, vuela! ¿Cómo ha ido el último golpe de contrabando? Me han dicho que Tom Ford ha ayudado mucho.

—Sí, alrededor de quinientos dólares he pagado por su *desinteresada* ayuda. Me ha parecido bastante económico.

—Claro, como ahora comienza no quiere apretar mucho la mano; quiere ante todo, congraciarse con nosotros. Con esos quinientos dólares tiene para el gasto que le ocasionará la fiesta que va a dar esta noche.

—¿Quién va a dar una fiesta? ¿Tom?

—Sí, invita a una docena de amigos afectos a su partido para celebrar anticipadamente su triun-



fo en las elecciones. Yo seré su huésped de honor.

—¡Huésped de *honor* tú!

—No seas irónica, Jenny... Ya sabemos que esa palabra no puede existir en nuestro vocabulario, pero no vamos a entrar ahora en esas menudencias sin importancia. Además Tom Ford quiere que tú también seas su huésped de *honor* y hoy vendrá él mismo a hablar contigo. ¿Me das un cigarro?

—Sí, tómalo.

Steve Dutton tomó un cigarrillo, lo encendió, saboreó por un momento una fuerte bocanada de humo y, mientras veía cómo éste iba deshaciéndose en caprichosas espirales que se detenían y se enredaban perezosamente entre la cabellera rubia de Jenny, dijo sonriendo con cinismo:

—Ya ves qué caprichos tiene la suerte, Jenny; el hijo de Jenny Sandoval enfrentado en lucha partidista con el protegido político de Jenny Sandoval.

—¿Con mi protegido? Creo que Dan Reynolds puede llegar a Fiscal del Distrito con mayor facilidad que Tom Ford, porque tiene de su parte una sola protección: la mía, que es más poderosa y más in-

fluyente que todas las demás reunidas, ¿entiendes?

Amah entró en aquel momento a anunciar a Tom Ford.

—Dile que pase, Amah.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!—entró exclamando Tom—. Mis dos viejos amigos reunidos... Eso sí que es tener suerte. ¿Qué tal, Jenny? ¿Cómo estás, Steve?

—Siéntese un momentito a charlar con nosotros, Tom—le dijo Jenny ofreciéndole una butaca.

—Bueno, bueno, bueno—continuó Tom Ford, que era muy aficionado a repetir varias veces una misma palabra—. ¿Qué tal ha ido la expedición de esta noche? ¿No ha habido contratiempos?

—Todo se ha hecho tranquilamente, con suavidad, como sobre una balsa de aceite—contestó Jenny.

—No sé qué sería de nosotros sin usted, Tom—dijo Steve, tratando de halagar a su futuro protector.

—¡Oh, eso no es nada! Si hasta ahora, con mi poca influencia, os he ayudado dentro de mis escasos límites, figuraos lo que será cuando me nombren Fiscal del Distrito y tenga en mi mano tanta influencia, ¡tanto poder!

—¿Quiere uno de sus cigarros favoritos? —le dijo Jenny ofreciéndole una caja de puros.

—¡Oh, oh! Coronas, ¿eh? Son mi marca; no hay cigarro más aromático.

—Fumaremos unos pocos más esta noche, en su casa, después de la gran fiesta que va usted a dar.

—Asistirá a ella, ¿verdad, Jenny? He venido a invitar a usted. Y ahora me dispensará, pero tengo que ir a hablar con los directores de la Liga Femenina; estoy citado a las cinco y van a ser en seguida.

—¡Tom! ¡Pero usted es un hombre excepcional!... ¿Qué tiene que hacer en la Liga Femenina? No esperará usted los votos de sus afiliadas—le dijo Steve Dutton con cierto tonillo malicioso.

—No, no—contestó riendo Tom Ford—. Ese mozallete que se presenta también para Fiscal del Distrito, ese muñeco sin experiencia, se ha atrevido a insultarme, mejor dicho, a acusarme de toda clase de delitos a fin de crear en torno mío una atmósfera desfavorable a mi candidatura. Y ahora voy a deshacer con mi palabra todo lo que él ha construido. Reynolds ha hablado en Liga Femenina en contra mía

y yo voy a Liga Femenina a defenderme. ¡La palabra deslumbra a las mujeres; espero que con mi elocuencia convenceré a todos aquellos vejestorios que velan por la honradez de la clase! Y mi joven contrincante se fastidiará... y aprenderá la lección de que debe dejar a Tom Ford solo, sin oposición, para que alcance el puesto de Fiscal sin que nadie se interponga en su camino.

—¿Y usted cree que el muchacho abandonará tan pronto la plaza? ¿No teme que le enardezca más la lucha que usted le ofrece? ¿No le da miedo que, sólo por la vanidad de derrotarle, trabaje con más afán para conseguir adeptos a su candidatura?—preguntó Jenny tratando de averiguar las ideas del zorro viejo para mejor defender de sus garras al hijo de su vida.

—No temo a nada. Reynolds se convencerá de la inutilidad de sus esfuerzos. ¿Qué puede contra mí un muchacho imberbe y sin conocimiento de la vida? Hasta la noche, amigos. Voy a llegar tarde a mi cita. No olvides, Jenny, que te espero y espero también que nos llevarás una docenita de tus chicas, jóvenes principiantes, ¿sabes? Son



las que más me divierten y esta noche quiero pasarlo bien.

—Ahora ya no trato en ese negocio, Tom. Hace mucho tiempo que me aparté de él... Pero veré si alguna de mis amigas puede proporcionar lo que usted pide. Hasta la noche.

—Os espero a los dos, ¿eh? Hasta luego, queridos—dijo Tom Ford saliendo arrogantemente, con paso firme, convencido de su futuro triunfo.

Cuando se quedaron solos, Jenny tomó del brazo a Steve y le dijo con firmeza:

—No vayas a esa fiesta, Steve.

—¿Por qué no, querida? ¿No acabamos de prometer a Tom que asistiríamos los dos a ella?

—No vayas, te lo suplico—insistió Jenny—. Esta noche ocurrirá algo en casa de Tom que te disgustaría... que no te conviene presenciar. ¿Me entiendes? Ven a cenar conmigo. ¡Estando mejor los dos solos, sin testigos! Hace tiempo que hemos olvidado un poco nuestras amables horas de soledad.

—Bien, vendré. Para mí es siempre un placer que tú me distingas con tu afecto, Jenny. Prefiero estar a tu lado a todas las fiestas que en el mundo puedan darse, por bri-

llantes que sean. Hasta la noche, querida.

Jenny llamó a su amiga Tessie, una de sus antiguas intendentas que trabajaba ahora por cuenta propia y que había seguido en estrecha relación con su Directora.

—Tom Ford quiere unas cuantas chicas para la fiesta que va a celebrar esta noche—le dijo Jenny—. ¿Tienes muchachas bonitas y alegres?

—Sí las tengo. Hace unos momentos me telefoneó Tom diciéndome que se las buscara.

—Yo le indiqué que te llamara a ti por teléfono y ahora quiero hablarte de este asunto.

—No tenías que molestarte, Jenny. Ya sabes que cuando viene alguien recomendado por ti le presto la máxima atención y para esa fiesta pensaba escoger lo más selecto de mi personal. Sé el interés que tienes en halagar a Tom...

—No, Tessie, no venía a recomendarte nuevamente este asunto. Lo que yo quiero es una cosa bien distinta... Tú y yo hemos sido siempre muy buenas compañeras, ¿verdad, Tessie?—comenzó Jenny, temerosa de abordar la cuestión.

—Buenas y leales, Jenny. Pue-

des confiar en mí; te serviré en todo lo que necesites.

—Pues me vas a prestar un favor que te lo agradeceré todos los días de mi vida.

—Desde luego está concedido cuanto me pidas, sea lo que sea; no debes dudar de mí, Jenny.

—¿Tienes entre tus muchachas alguna de voz potente y clara?

—No sé qué pretendes, Jenny, no sé qué quieres decirme.

—Necesito una chica cuya voz pueda ser oída a través de la ciudad, si eso fuera posible. Una chica que sea capaz de promover un escándalo formidable, ¿me entiendes?

—Sí, Jenny, creo que ahora sí te comprendo... Déjame pensar. Beatriz... Maira., no. ¡Ya la tengo! Winnie tiene una voz potente, chillona, clara... Esa es la que te conviene—dijo Tessie triunfalmente—. Ya verás de lo que es capaz esa chica. Yo creo que su madre fué la sirena de una fábrica y su padre el pito de una locomotora, porque la voz de esa mujer es algo excepcional. Quedarás contenta, Jenny, te lo aseguro. No hay nadie que sea capaz de dar los gritos que da Winnie—dijo Tessie, riéndose sólo a la

idea de lo que iba a hacer aquella muchacha.

—¿Entonces, convenidas?—preguntó Jenny.

—Sí. Esta noche no faltará en casa de Tom Ford la gritona Winnie.

Jenny se quedó pensativa durante mucho tiempo, y por fin se retiró convencida de que su triunfo, debido a la sagacidad de sus ideas, sería absoluto y definitivo.

## V

## EL ESCANDALO

Tom Ford recibía a sus invitados con satisfacción, con manifiesto orgullo, dando ya a todos una sensación de superioridad su gesto altivo y su hablar altisonante. Era el Fiscal del Distrito el que les hablaba, no el campechano Tom Ford, el que hasta entonces les tratara como a iguales sólo para obtener de ellos votos y más votos. Ahora sabía Tom que todos sus invitados eran votos seguros; ninguno le había de fallar y, naturalmente, seguro del triunfo, no le importaba dormirse, o por lo menos adormecerse sobre sus soñados laureles.

No eran los invitados de Tom



todo lo respetables y caballeros que pudiera imaginarse en una reunión de aquella categoría, en una fiesta dada por quien iba a encargarse de dirigir los destinos de todo un barrio de la ciudad y que debería velar por la más alta moral y por el más estricto cumplimiento de los preceptos ordenados por las leyes civiles.

Tom Ford se había procurado para aquella noche precursora de su triunfo, una compañía agradable, alegre, bulliciosa y, sobre todo, había procurado halagar a aquellos con quienes podría luego comerciar más íntimamente y los que le proporcionarían a cambio de "hacer la vista gorda" las mejores ganancias de su carrera política.

La animación de la concurrencia era extraordinaria. Tom no había escatimado nada de cuanto pudiera hacer agradable la velada y, después de haber bebido mucho más de lo necesario, después de haber saboreado una succulenta cena, se inició un baile que fué más bien una bacanal.

La noche avanzaba. La alegría de los invitados estaba ya en su paroxismo. Tessie, que había ido a la fiesta acompañando a sus chicas para vigilarlas y darles las órdenes

necesarias, órdenes dictadas por el mando supremo de Jenny Saldoval, comprendió que había sonado el momento oportuno y, haciendo una pequeña señal a Winnie, que había bebido más champagne ella sola que todos los demás invitados juntos, le mostró una de las ventanas que caían directamente sobre la calle.

A aquella señal convenida de antemano, Winnie, fingiéndose más borracha de lo que en realidad estaba, se asomó y comenzó a gritar con su voz estridente y dominadora, con grandes gritos que se oían resonar a lo lejos en el silencio tranquilo y pausado de la noche.

—¡Socorro!... ¡Socorro!...—gritaba, haciendo resonar con potencia los ecos de su garganta—. ¡Socorro! Aquí, aquí.

Los vigilantes primero, los guardias después, el público en general a los breves momentos, se congregaron al pie de la ventana en donde Winnie seguía lanzando incansable al aire sus gritos de auxilio, en espera de que fuera engrosando el número de los espectadores, para decirles cuando éste ya fuera lo suficientemente crecido, el discurso que se había ensayado en su casa con entusiasmo de artista.

—¡Ya pueden ustedes subir! —les dijo con su voz enronquecida—. ¡Vengan a disfrutar todos de la gran fiesta que nos da nuestro futuro Fiscal, el gran Tom Ford! No lo confundan con Henry Ford, ¿eh? ¡Nuestro Ford no es el productor de automóviles, sino que es Tom, el gran Tom, el incomparable Tom, que va a ser nuestro Fiscal y será el protector de todo el barrio chino! Con él ya no habrá que temer nunca ningún mal encuentro. ¡Será el Fiscal ideal, el hombre que necesitábamos! ¡Suban a admirarle rodeado de todos sus amigos! ¡Nunca se había visto reunida tanta chusma!, ¡ja, ja, ja! ¡Estamos aquí todos los habitantes del barrio chino, todos! ¡Hemos venido a hacer de Tom Ford nuestro rey y señor!

—Esto es un escándalo—decían algunas—. ¿Y este hombre que está convenido con todo el hampa de la ciudad va a subir a la categoría de Fiscal? ¡No puede ser, no puede ser! Hay que dar cuenta de este atropello. Hay que hacer una campaña en contra de esa candidatura que tan mal ejemplo da antes de obtener su puesto. ¿Cómo se va a confiar el cuidado de la moralidad en todos los órdenes de la vida a un hombre sin principios, sin sentido

moral él mismo, sin escrúpulos y sin conciencia?

El escándalo promovido por Winnie, el escándalo provocado por Jenny Sandoval para derrotar con él al contricante de su hijo, dió los frutos que eran de esperar.

La prensa inició una campaña enérgica en contra de Tom Ford, acusándole con pruebas ante las que no cabía dudar, de depravado, de coaccionador, de prevaricador... No podía, dignamente, sustentarse la candidatura de un hombre que se vendía a los contrabandistas y a las prostitutas. Todos los periódicos de San Francisco traían en letras gruesas un llamamiento al pueblo para que a tiempo pudiera comprobar la falsedad de las promesas de Tom Ford que había jugado con dos juegos, ofreciendo trabajar por el mejoramiento de las costumbres a los que se interesaban por el exterminio de la inmoralidad, mientras traficaba con los tratantes de toda clase de vicios.

Tom Ford, acosado por todas partes, aun por los que hasta entonces se le mostraron amigos y que ahora guardaban un silencio tanto más acusador que las cortantes frases de sus adversarios, se vió obligado a retirar su candidatura y a



dejar el paso libre a su adversario Dan Reynolds.

Jenny había triunfado. Su vaticinio resultó una franca realidad, hermosísima para su amor de madre, para aquel su amor que la había llevado a realizar el sacrificio más grande que se puede pedir a un madre: vivir separada e ignorada de su hijo para darle a éste la felicidad.

Ya se lo había dicho unos días antes de las elecciones a Steve Dutton, cuando él le recomendaba la candidatura de Tom Ford:

—Dan Reynolds—le había dicho—triunfará, porque aunque solo cuenta con una protección: ¡la mía, ésta es más poderosa y más influyente que todas las demás juntas!

Y lo había sido. Si no su influencia, su sagacidad de mujer experta y conocedora de todos los intrincados laberintos políticos, la hizo trabajar con acierto consiguiendo para su hijo un triunfo que no hubiera alcanzado sólo por sus méritos el joven Dan Reynolds. La protección de su madre, callada y oculta, le había conducido de la mano sin que él pudiera nunca sospecharlo.

En el barrio chino cambiaron

mucho las cosas con la toma de posesión del nuevo Fiscal del Distrito. La seriedad con que subió a aquel puesto de responsabilidad ante el mundo y ante su propia conciencia, le llevó a declarar una guerra sin cuartel y sin sosiego contra todos los infractores de la ley persiguiéndoles encarnizadamente para limpiar todos los contornos de aquella gente maleante que había hecho del barrio chino su cuartel general y su madriguera, guarida de todo vicio y asiento de toda maldad.

Dan Reynolds exigió de sus policías la máxima vigilancia y no sintió en que se dejara pasar ninguna partida de contrabando ni que se flaqueara en la aplicación de las leyes que regían la vida de las mujeres de aquel barrio, obligándolas a permanecer dentro de un reducido recinto de calles que no daban acceso a ninguna de las vías principales de la ciudad, a fin de poner cada vez más estrecho el cerco al inevitable vicio de las grandes ciudades, dejándolo constreñido a su más insignificante porción.

Jenny Sandoval veía crecer la fama de su hijo con un íntimo regocijo que la hacía olvidarse de los pasados sinsabores de su vida deshe-

cha por un destino implacable que hasta entonces se había cebado en ella. Ahora estaba ya tranquila: Dan, su Dan, era un hombre y tenía ante él un brillante porvenir. A ella no le quedaba más que retirarse, liquidar sus negocios y marchar lejos, muy lejos, con su fiel Amah y seguir, siempre oculta, todos los pasos que en la vida fuera dando su hijo.

—Amah—le dijo un día a la criada china que fué siempre su confidente y su consejera acertada y concienzuda—. Prepara nuestro equipaje. El barrio chino no nos conviene ya. Debemos dejarlo todo y marcharnos a cualquier otra ciudad a vivir reposadamente los últimos años de nuestra vida. Dan ya no necesita ahora mi protección, como la necesitaba cuando era niño. Como la ha necesitado últimamente para triunfar de sus enemigos. El ya puede desenvolverse solo, sin ayuda de nadie. Aquí no es lugar propicio para mí; estoy demasiado cerca de él; cualquier indiscreción, cualquier pequeño tropiezo podría descubrirle lo que tantos esfuerzos he hecho para ocultarle. Es la hora de hacer un sacrificio más y de alejarme de él para no ser nunca un obstáculo en su carrera o un dolor

incurable en su vida íntegra. ¿Comprendes lo que pasaría por el alma de mi hijo, por esa alma tan noble, tan recta, tan implacable con las faltas ajenas, si sabía quién era su madre? Se abriría en ella una herida de la que nada ni nadie le podría curar. Yo soy la única que puedo evitárselo poniendo tierra de por medio. La distancia amortigua todos los golpes, Amah, ¿no es cierto?

—Cierto es, señora, y ciertísimo es que bendita será mil veces la madre que sabe olvidarse a sí misma para dar la felicidad a su hijo.

Los preparativos del viaje comenzaron en casa de Jenny con inusitado ardor. Las horas que retardaba su marcha le parecían en extremo largas; siempre le asaltaba el temor de que fuera descubierta su personalidad y de que su hijo sufriera el terrible desencanto de saber la verdad, la dolorosa verdad de su vida.

Pero el destino había ya trazado de antemano la dura calle de amargura que Jenny debía seguir hasta el fin, inevitablemente.

La víspera de su marcha llegaron a su casa Weaver y Steve Dutton, decididos a obtener de Jenny Sandoval, fuera por el medio que



fuese, la ayuda poderosa de su influencia a fin de conseguir que sus partidas de contrabando no fueran descubiertas y decomisadas.

—Jenny, debes oírnos—le dijo Steve Dutton—, tenemos un enorme stock de cajas de ginebra y no podemos almacenarlo, porque se nos persigue como a perros sarnosos. Tú debes ayudarnos; no puedes estar ahí cruzada de brazos, mientras nosotros exponemos nuestras vidas esterilmente, desde que ese demonio de Reynolds ha entrado en el Distrito.

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestro contrabando? Ya no me interesan los negocios; estoy cansada de ellos, quiero retirarme; ya te lo he dicho repetidas veces. ¡Necesito descansar!

—¡Ya sabemos toda esa letrilla que siempre dices y que nunca pones en práctica!—replicó Steve con nerviosidad—. Ya sabemos que te quieres retirar del negocio, pero por última vez podrías ayudarnos; esta partida de cajas está en el muelle, sólo se trata de desembarcarlas y almacenarlas en lugar seguro... ¿Por qué no hablas a míster Reynolds?

—¿Yo?—preguntó Jenny extrañada—. Ya te he dicho que no quie-

ro meterme más en negocios. Arregláos vosotros solos. ¿O es que necesitáis todavía andadores?

—Bien, iré yo mismo a ver a Dan Reynolds. Veremos si logro sobornarle.

\* \* \*

Steve Dutton entró en el despacho del joven Reynolds, seguro de que, aunque hartó cara, compraría su discreción. Con un corto preámbulo expuso el objeto de su visita, veladamente, para que pudieran comprenderle sin comprometerse él demasiado; pero Dan le escuchó inflexible, severo, y le dijo, cuando Steve hubo terminado:

—Muy bien trazado vuestro pequeño discurso, Steve Dutton, muy bien trazado, pero conmigo no valen ni dinero ni celadas. Quiero purificar el ambiente y no es siguiendo sus consejos como lograría mi propósito. Por otra parte debo anunciarle lealmente que hay materia sobrada contra usted para meterle en la cárcel, contra usted y su socia... esa Jenny Sandoval, a la que quisiera conocer para echarle a la cara algunas verdades que quizás la harían reaccionar. Se sigue contra ustedes dos un proceso. De los resultados que él dé, y es pero que serán fructíferos, depen-

de su libertad o su encarcelamiento, Steve Dutton. Usted que es un hombre bien reputado en la ciudad no querrá seguramente que se desentierren cosas desagradables, ¿verdad?

—Creo, míster Reynolds, que está usted mucho más interesado que yo en no desenterrar cuentos viejos—dijo Steve con mucha ironía.

—No tengo que temer nada—siguió Dan serenamente— y seguiré hasta el fin el proceso contra usted y su socia.

—Jenny Sandoval no es mi socia, míster Reynolds, y le repito que tenga usted mucho cuidado. Se va usted a meter por un mal camino, será un solo error en su vida, pero le hará sufrir a lo largo de todo lo que le quede de vida. Haría usted mejor en aceptar mi proposición y en dejarse de esas investigaciones que siempre causan enojos.

—Es inútil insistir sobre este tema, Steve Dutton. Siga usted el camino que mejor le plazca; yo no me moveré ni un ápice del que me he trazado y por el que me conduce una compañera que nunca puede traicionarme: mi conciencia.

—¡Acaso algún día se arrepentirá usted de haber escuchado a esa

compañera tan puritana!—dijo Steve saliendo del despacho del joven Reynolds.

Steve Dutton volvió a casa de Jenny. El negocio apremiaba y no podía dejar que se perdieran en las aguas del mar aquellos centenares de litros de ginebra que se habían de convertir en tintineantes monedas de plata.

—Jenny, Dan Reynolds es implacable, pero estoy seguro de que a ti te escucharía... Ahora me tiene atado de pies y manos; no puedo hacer nada porque él me sigue mis pasos y puede descubrirme a los ojos de la sociedad en cualquier momento que se le antoje... Jenny, te he ayudado durante muchos años y, en cambio, sólo te pido una palabra, una sola palabra dicha a los oídos de tu hijo... una palabra que le convencerá para siempre... una palabra que servirá para romper entre él y nosotros todas las barreras que ahora se alzan.

—¿Qué quieres que haga, Steve? ¿Qué me pides? ¿Que destruya yo con mis propias manos toda la carrera de mi hijo... toda su vida, que me ha costado tantos y tan grandes sacrificios?

—Sólo quiero que le hagas entrar en razón.



—No lo haré, Steve, no lo haré.

—Tú lo pensarás mejor, reflexionarás...

—¿Reflexionar? No; mi resolución está tomada desde el día que me separé de él para siempre, desgarrando mi corazón y mis entrañas en bien de su felicidad, dejándole en manos de los Reynolds y suplicándoles que fueran ellos, *únicamente* ellos, ¿entiendes?, ¡sus propios padres!... ¿Crees que me fué fácil aquel sacrificio? ¿Crees que no me dolió perder a mi hijo, a mi hijo, que era lo único que tenía en el mundo? Pero comprendí que mi presencia sería siempre perjudicial a su porvenir, una continua amenaza sobre su inocente cabecita... No quise destruir su porvenir y supe imponer a mi natural egoísmo mi amor de madre por encima de todo... ¿Y quieres que ahora que él se ha labrado un nombre y una posición, ahora que le veo enaltecido y cubierto de gloria, con un manotazo despiadado y cruel deshaga todos mis sacrificios y le precipite a la ruina y a la desesperación?... ¡Es absurdo, Steve, es una locura que pretendas eso de mí!...

—¡Pues bien, si tú no tienes valor para hacerlo, lo haré yo! Por sobre de tus romanticismos mater-

nales están mi posición y mi fortuna...

—¡No, no; tú no harás esto, tú no puedes hacerlo!—exclamó desesperada Jenny.

Pero Steve Dutton hablaba ya por teléfono:

—¿Fiscalía del Distrito? ¿Mr. Reynolds?... Aquí le habla Steve Dutton. Tengo importantes declaraciones que hacerle respecto al asunto del que hemos hablado hace unos momentos. Espéreme. Voy en seguida. Hasta ahora.

—¡Oh, no, no, no, Steve! ¡Espera... espera! —gritó Jenny Sandoval viendo salir a Steve Dutton resuelto a confesar la verdad a Dan Reynolds.

Pero al ver que Steve no contestaba, al escuchar sus pasos rápidos que bajaban la escalera saltando los peldaños de dos en dos, se precipitó tras de él ciega de dolor, resuelta a evitar a toda costa aquella entrevista que no podía, que no debía tener lugar...

En la calle tomó precipitadamente un taxi que la llevó velozmente hasta el edificio donde estaban instaladas las oficinas del Fiscal. Saltó del auto sin decirle al chofer nada, subió las escaleras sin tomar aliento... Steve Dutton

ponía en aquel momento la mano en el pestillo de la puerta del despacho de Dan para abrirla:

—¡Detente, Steve!—le gritó casi sin voz—¡No entres!...

—Déjame —contestó Steve con brusquedad y, sin hacer caso de aquella mujer que le suplicaba, volvió de nuevo a intentar abrir la puerta.

En aquel mismo instante sonó un disparo, y Steve Dutton se desplomó sobre el pavimento con un ruido sordo, de cuerpo muerto.

Dan Reynolds salió de su despacho al oír el doble ruido del disparo y del cuerpo que se desplomaba y ordenó con voz alterada a los que también habían acudido atraídos por las mismas causas:

—¡Detened a esa mujer! ¡Detenedla... detenedla! ¡Acaba de dar muerte a ese hombre!—y al mismo tiempo se inclinó sobre el cuerpo de Steve Dutton para examinar si había en él algún resto de vida.

Steve abrió los ojos penosamente, haciendo un esfuerzo supremo.

—Ella, ella me ha matado...—dijo, agonizando—: Me ha matado para que no le dijera que era... que era su...

La muerte vino a cerrar a tiempo aquellos labios que iban a descu-

brir el secreto que Jenny Sandoval había guardado avaramente toda su vida, sacrificando a él lo más caro a su existencia.

—Traed a la asesina—dijo Dan Reynolds a los que habían detenido a Jenny, que llevaba aún humeando en sus manos la pistola con la que había disparado contra Steve antes de que éste pudiera confesar la verdad al único que no debía saberla nunca.

—Aquí estoy—dijo Jenny Sandoval con la voz serena, casi alegre, presentándose ante Dan en todo el esplendor de su triunfo interior que daba a su mirada un extraño brillo y a sus facciones una luz de heroína—. Aquí estoy; yo le maté, Mr. Reynolds. Mi proceso será muy corto, porque desde ahora me declaro la única culpable de la muerte de Steve Dutton.

## VI

## ¡CONDENADA!...

El proceso de Jenny Sandoval despertó general curiosidad entre la población de San Francisco, en donde su nombre había llenado durante años todas las conversaciones... Todos los días acudían a la



sala del Tribunal centenares de personas ávidas de seguir paso a paso el proceso sensacional en el que salía a lucir toda la escoria y toda la vida de aquella mujer que había rodado por todas las pendientes y que había sabido dominar muchas voluntades, aun las más poderosas, sólo por el influjo de su encanto femenino y por el talento de que estaba dotada y que la había conducido a ocupar un puesto preeminente entre su mundo equivoco, en el que supo hacerse respetar y temer.

Dan Reynolds fué su acusador. El la había denunciado a los tribunales y, en su afán de limpiar la escoria de la sociedad, se empeñaba en hacer de aquel proceso su piedra de toque para conseguir que el ánimo del público se inclinara en favor de sus ideales, a los que hasta ahora se habían mostrado todos un poco reacios, ya que nadie se atrevía a ser el primero que lanzara la primera piedra. Dan se atrevió a lanzarla aprovechando la coyuntura de aquel asesinato cometido a la puerta misma de sus oficinas. Sus discursos se reproducían en los periódicos y el público que no podía asistir a las sesiones, devoraba al día siguiente aquellas pa-

labras de fuego que sacudían a la pobre acusada, haciendo que fueran volando al aire todos los vicios en que había estado encenagada desde su niñez.

El abogado defensor tenía que luchar contra un enemigo fuerte y poderoso, mucho mejor preparado que él y, sobre todo, inspirado en un ideal que le daba doblada elocuencia y que hacía encontrar en todo razones capaces de convencer al auditorio, más propicio a la clemencia que a la acusación, pero que se tenía que rendir ante el influjo poderoso de las razones, expuestas con fuerza y con brío, de aquel acusador inflexible.

El defensor, aniquilado por la oposición del acusador, sintiendo flaquear de día en día sus escasas fuerzas, dijo, encubiertamente, que el señor Fiscal Reynolds, se había propuesto quitar a la acusada todo medio de defensa.

—No — replicó Reynolds con fuego—. No, nadie puede quitar a un condenado, por palpable que sea su crimen, el derecho a la defensa. Todos pueden alegar algo para atenuar su delito; pero yo os pregunto, señores Jurados, yo os lo pregunto a vosotros y al público en general que nos escucha y que no

ha mostrado una sola vez su simpatía por la acusada, yo os pregunto: ¿no es una prueba palpable y convincente el testimonio de la Compañía Telefónica que ha venido hoy a prestar declaración, trayendo la hora exacta en que había llamado a mi oficina el señor Dutton? La importancia de esta llamada telefónica en el crimen que nos ocupa, no puede escapar a nadie. Es un testimonio que habla por sí solo, si no le ayudara a hablar la telefonista de la compañía y la de mi oficina que escuchó la conversación sostenida entre Mr. Dutton y yo.

“Dejadme reconstruir ante vuestros ojos la escena. Steve Dutton me llamó por teléfono desde la casa de la acusada. Se ha probado, y ella misma lo confiesa, que estaban juntos los dos, la acusada y Mr. Dutton, cuando éste me llamó y, por lo tanto, inevitablemente, le oyó la promesa de informarme acerca de algo muy importante respecto a los negocios clandestinos de la acusada, le oyó decir que tenía que revelarme algo de una importancia capital. El conductor del taxi, que también hoy ha prestado su declaración, ha dicho terminantemente, sin dudar, que había dejado a la acusada a la puerta de la

Fiscalía del Distrito unos minutos antes de que se cometiera el crimen. Los oficiales de las oficinas que acudieron al oír el ruido del disparo, también testifican que la acusada fué detenida por ellos mismos, a pocos pasos del cadáver de Steve Dutton y llevando en sus manos la humeante pistola que había servido a sus fines malvados. El propio Steve, moribundo, tuvo aún aliento bastante para acusarla e identificar en ella a su asesina.

“La evidencia de la culpabilidad de la acusada, señores del Jurado, es más que total y luego viene a corroborarla la confesión de la propia acusada que insiste en sostener que es ella, sólo ella, la culpable de la muerte de Steve Dutton, aunque se encierra en un mutismo tenaz cuando se le pregunta acerca de los motivos que la condujeron a cometer el asesinato.

“¿Cuál ha sido el motivo que ha conducido a la acusada a cometer su delito? He aquí el misterio que debe dilucidarse. El motivo, a mi modo de entender, es claro y simple: la acusada y Steve Dutton habían sido consocios durante largos años; juntos habían comerciado con el vicio, en el que ambos estaban encenagados... En todos los da-



tos que hemos aportado a este proceso, encontrados en las causas más intrincadas, en los más misteriosos crímenes cometidos en nuestra ciudad desde hace más de veinte años hasta la actualidad, hemos encontrado unidos los nombres de Steve Dutton y Jenny Sandoval. Ahondar en la vida de éstos dos seres sería tanto como remover todo el cieno de nuestra ciudad, todas las llagas que han consumido a la sociedad actual en estos últimos años...

“La nefasta sociedad Steve Dutton y Jenny Sandoval tuvo, hace ya bastantes años, su comienzo en un crimen misterioso que quedó en la sombra, por la prevaricación de alguno de mis antecesores al que el dinero selló los labios. Me refiero a la muerte de Ed Harris, ocurrida en 1909. Las dos únicas personas que estaban en la habitación en que se cometió el crimen, eran Steve Dutton y Jenny Sandoval... y sin embargo, ¡no se instruyó proceso de ese crimen!... ¿Por qué? Por el poder de Steve y por la influencia maligna de Jenny Sandoval. Pero ahora quedará aclarado aquel misterio. Ahora se desharán los pasados errores... ¡Steve Dutton quiso escapar a mi justicia descubriéndome acaso crímenes más terribles

cometidos sólo por la acusada, y ésta, para huir del castigo, decidió cerrar para siempre la única boca que podía comprometerla! ¡Ha sonado, señores Jurados, la hora de la justicia! Ved a Steve Dutton acorralado por mis amenazas que son preludio del presidio, ved su pánico y su ansia de defenderse hasta telefonearme ofreciéndome una información sensacional, ved la cobardía de la acusada persiguiendo a su difamador hasta lograr matarle antes de que descubriera la verdad, comprando con la vida de Steve Dutton su propia tranquilidad, escapando así de la fuerza de la ley; ¡pero a la ley no se la burlan tan fácilmente y Jenny Sandoval ha caído en sus manos!...

“¿Qué era esa información sensacional que hace correr a mi despacho a Steve Dutton y provoca su muerte para que no pueda jamás ser descubierta? ¿Qué crímenes espantosos había cometido la acusada en todos sus años de depravación y de vicio? ¡Señores del Jurado, mirad a la acusada! ¡Contempladla fría y serena delante de esta acusación, como si no fuera a ella a quien se dirige!”

Todas las miradas convergieron sobre la acusada que, con los ojos

muy abiertos, las pupilas dilatadas, los labios secos, las manos cruzadas en una crispación dolorosa, escuchaba aquellas palabras de acusación brotadas de los únicos labios que hubieran podido defenderla...

Cada una de aquellas palabras era un dardo doloroso y envenenado que iba a clavarse en su pecho. Era su hijo, el hijo de su vida y de su amor, al que había sacrificado su vida, por el que había cometido todos sus errores, el que ahora la acusaba implacablemente, disecando su conciencia, como experto cirujano en una clase de anatomía, tratando de dejar al descubierto una a una todas las fibras de su corazón de mujer...

Jenny oía aquella acusación como su supremo sacrificio, mientras pensaba interiormente que siempre la vida le había reservado un dolor más agudo para regalárselo cuando ya creía haber obtenido el premio del descanso... Si sus crímenes fueron grandes, si sus pecados fueron muchos, quedaban expiados ahora, ante el dolor agudo y profundo que le iban causando, con una morbosidad única de inquisidor o de verdugo, las palabras del hijo amado...

Dan Reynolds, después de haber guardado unos minutos de silencio, continuó:

—¿Qué se puede esperar de una mujer como la acusada? Nacida en una taberna inmunda, educada por un padre que ya traficaba con el vicio, la vemos desde sus primeros años mezclada a esa vida equívoca y depravada de los centros de prostitución... Sólo un momento se pierde la pista de la acusada; el momento que se produjo en San Francisco la terrible catástrofe que asoló la ciudad, el momento del terremoto que dejó nada más que ruinas y espanto en torno... Pasados unos meses vuelve a aparecer en los tugurios y en los lupanares del Barrio Chino, en el que desarrolla sus melévolas actividades que por unos años le dan el triunfo... pero que acaban por traerla a sentarse en el banquillo de los acusados del que se alzaría solamente para pasar a presidio y aguardar en él su sentencia de muerte... Los crímenes cometidos por la acusada no han podido ser probados, pero son manifiestos... ¡Y este último crimen, este asesinato hecho a sangre fría, con premeditación y alevosía, traicionando a su socio y a su amigo de toda la vida, es bastante para



que se condene a la acusada sin piedad y sin restricciones!...

Un hondo silencio se hizo después del discurso de acusación de Dan Reynolds. Los Jurados se retiraron a deliberar, mientras el público comentaba en voz baja todas las incidencias del proceso y la acusada aguardaba, intensamente pálida, el resultado de la deliberación.

A los pocos minutos volvieron a ocupar sus puestos los señores del Jurado. El Juez, puesto en pie, esperó a que se calmara el rumor del público y, cuando en la sala pudo resonar su voz calmosa y terrible, leyó fríamente, con esa frialdad que da la costumbre de todas las cosas, aun de las más grandes tragedias de la vida, la sentencia de Jenny Sandoval.

"Jenny Sandoval, convicta y confesa de haber dado muerte a Steve Dutton, será trasladada a la prisión de San Quintín, en el Estado de California, en donde será ejecutada por el verdugo el día 27 de enero, en las horas comprendidas entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, y dentro de las murallas de la referida prisión de San Quintín. ¡Y quiera Dios tener piedad de tu alma!"...

Jenny lanzó un gemido sordo al oír su sentencia de muerte y cayó al suelo desmayada.

## VII

## EL SACRIFICIO CONSUMADO

Sólo unas horas faltan para que se cumpla la sentencia de ejecución de Jenny Sandoval. El terror, el espanto de la muerte están marcados en el rostro que siempre se había mostrado sereno, a medida que van avanzando las horas y se acerca la suprema, la única, la que ya nunca más puede ser repetida de nuevo...

—¡Oh Amah, Amah, Amah! — exclama abrazando a la fiel criada que la había seguido hasta el penal y que la acompaña en aquellos momentos supremos—. ¡Soy una cobarde, una miserable... pero no puedo dominar el miedo que me da la muerte!... ¡No puedo, no puedo! ¡Amah, sálvame!...

—Los sabios dicen: la muerte, mal universal, no debe ser considerado como una desgracia, sino como una bendición — le contestó Amah en su tono sentencioso de oriental, intentando dar ánimos a su ama.

—¡Oh, Amah! — dijo Jenny siguiendo el hilo de sus pensamientos—. ¡Dijo que no había un solo rasgo en mi vida que pudiera redimirme!... ¡Tenía razón mi hijo! ¡Ni siquiera soy valiente!... ¡Los lupanares del Barrio Chino... es verdad! ¡En ellos estuve... pero también él estuvo en ellos conmigo! ¡En ellos le di la vida... para que ahora me condene él a muerte y me haya ya matado con una muerte más dolorosa, con sus palabras sin compasión, acusándome despiadado!... ¿Dónde está Dios que no viene en mi ayuda?

—Dios todo lo ve y todo lo escucha—replicó Amah—. El controla todas nuestras acciones. ¡Hoy te condena el hijo a quien tu diste vida! Gran sufrimiento, es verdad... ¡También él sufrirá... será su agonía continuada, constante, cuando sepa que ha condenado a su propia madre!... ¡Dame permiso para que yo misma le cuente la historia de su vida!... ¡Deja que él sepa que tiene obligación de ayudarte!... ¡Este es tu único medio de salvación!... Pero siempre has rechazado llegar a ese extremo... ¡Tú misma has escogido la muerte!

—¡Amah, Amah, díselo, ya te doy permiso; no tengo valor para

morir!... Díselo... Pero no, espera, déjame que se lo diga yo misma. Haz entrar a Dan. ¡Quiere verme antes de morir! ¡En esta entrevista me será fácil confesarle la verdad!

Amah salió de la celda para dejar paso a Dan Reynolds que venía a hablar con su acusada.

—Estoy contenta de que haya venido, Mr. Reynolds—le dijo Jenny tratando de dominar su emoción, la gran emoción que le subía a la garganta y que la empujaba a arrojarle en brazos de su hijo llamándole por su nombre y acariciándole como a un niño.

—¡Esperaba que estaría contenta de mi visita y por esto he venido!... ¡No puedo apartar de mi imaginación su caso, Jenny Sandoval; me martillea en ella constantemente!... No puedo olvidar a usted ni de día ni de noche...

—¿De veras? — preguntó Jenny con ternura.

—¿Por qué ha negado siempre defenderse durante todo el proceso? ¿Por qué no ha dicho ni una palabra para justificar su conducta, para explicarla, por lo menos? ¿Por qué no ha dado ninguna razón para explicar el por qué de la muerte de Steve Dutton? Créame,



miss Sandoval, he venido para ayudarla... He pensado mucho, mucho en su proceso. Si usted confiesa sus razones, si usted las explica, yo obtendré la suspensión de la sentencia y la revisión del proceso.

Jenny tardó mucho tiempo en contestar. Miraba a su hijo con dulzura, contemplaba en su rostro vestigios de sus propias facciones, veía el azul intenso de los ojos de Dan, que reflejaba el azul de sus pupilas, la frente despejada y alta, como la suya, la boca nerviosa y sensual, dibujada con los mismos caracteres de sus labios, y se complacía en ver en él reflejados los más sobresalientes caracteres de su personalidad física. Moralmente no podían parecerse... ¡Dan había vivido tan alejado del ambiente que siempre la rodeara a ella!... Pero se veía que era su hijo. Cualquier observador sagaz lo hubiera adivinado... Y, sin embargo, nadie pudo ni siquiera sospechar aquel estrecho lazo que unía a la acusada y a su acusador.

Tras aquel silencio durante el cual desfiló por la imaginación de Jenny toda la vida suya y la de su hijo, haciendo un esfuerzo, perosamente, como si le costara enorme

trabajo pronunciar las palabras, le dijo:

—No comprendo, míster Reynolds, que después de su ensañada acusación tenga ahora ese arranque de generosidad.

—Muchas veces, miss Sandoval, muchas veces los humanos nos equivocamos en nuestros juicios. Yo he hablado con apasionamiento excesivo en el transcurso de su proceso. Creía estar en lo cierto. Pero ahora he meditado con calma, fríamente, dejando aparte todo cuanto pudiera ofuscar, y temo haber precipitado mi juicio. ¡Quisiera poder deshacer lo hecho, volver a repasar todo ese proceso, ayudarla a usted a confesar esa verdad que tan avaramente ha guardado y que acaso sea la única que pudiera salvarla!...

—¡Me consuela oírle, míster Reynolds, me consuela tanto!... ¡Tan ferozmente que me acusaba! Y ahora me defendería con el mismo ardor que antes amontonaba sobre mí objetos de prueba de mi culpabilidad...

—Tiene usted razón... No sé, es algo que no puedo definir, algo que me hace sentir que hay algún motivo muy poderoso en su vida... ¡Qué sé yo! No sé explicarme...

¡Haga un esfuerzo, miss Sandoval, ayúdeme usted, ayúdeme a encontrar esa incógnita de la que es usted única poseedora! ¿Cuál es el secreto que guarda tan avaramente? Dígame, tenga confianza en mí, ¿qué hay en su vida que no quiere confesar? ¿Qué es lo que la obliga a guardar ese mutismo que la condena? Ante los Jurados he sido yo su implacable acusador... Y hoy no me atrevería a decir que es usted culpable de ninguno de los crímenes que le he imputado... ¡Tenga ánimo, ayúdeme a defenderla!... ¿Qué es lo que la encierra en ese mutismo, quién la obliga a cerrar sus labios marchando a la muerte con tanta serenidad?

Jenny miró a su hijo intensamente, con una mirada en la que iba condensado su amor maternal, dispuesto una vez más, ahora que veía el interés que su hijo mostraba por ella, a sacrificarse por la felicidad de aquel ser noble que reconocía su error y se empeñaba en repararlo poniendo en ello su juvenil entusiasmo y su rectitud de conciencia. Le miró en silencio, tomó una mano del muchacho entre las suyas temblorosas, la estrechó con fuerza y la acercó a los labios para besarla con devoción, con una infinita ter-

nura, poniendo en aquel beso su alma toda, su alma de madre llena de amor y de desinterés.

—Nada, míster Reynolds, nada. No tengo a nadie en el mundo, nada me ata a él; por eso voy a la muerte, serena y... ¡hasta dichosa!

—¡Pero... no es posible!... Usted quiere salvar a alguien que debe serle muy querido... ¡Usted se sacrifica con una lealtad exagerada! ¡No hay en el mundo nada tan grande que se pague con el sacrificio de la propia vida!... ¿Qué la mueve a ello? ¡Oh, si yo pudiera saber! ¡Con qué afán la defendería!... ¿No tiene usted padres... o hermanos?...

Jenny movió negativamente la cabeza, sintiendo crecer en ella una fuerza suprema que la ayudaba en los difíciles momentos que atravesaba.

—¿Un hijo, quizás? — insistió míster Reynolds—. ¿Un hijo muy amado al que quiere salvar a toda costa?

Jenny se sintió invadida por una felicidad incomparable... Aquella insistencia de Dan, aquel afán de arrancarle su secreto para salvarla de una muerte segura, aquel interés que mostraba hacia la mujer desconocida a la que había acusado públicamente con vehemencia para



vengar en ella todas las llagas que consumían a la sociedad... le hacía un bien desconocido hasta entonces, un bien que le llenaba el alma dándole valor en el supremo momento, ayudándola a llevar a cabo el heroico sacrificio que la redimía de todos sus pecados, dándole una aureola de gloria y de mártir y haciendo de aquella gran pecadora una santa... como una moderna Magdalena a la que también le eran perdonados todos sus pecados porque había amado mucho...

Jenny Sandoval retenía entre las suyas la mano de su hijo, retardando el momento de separarse de él; pero seguía en su mutismo obstinado, no atreviéndose a hablar por miedo a que la inflexión de su voz la traicionara, por temor a que salieran de su garganta acentos demasiado tiernos, o de sus labios palabras demasiado dulces que pudieran comprometerla.

—Miss Sandoval — continuó diciendo Reynolds—. ¡Siento mucho que usted se empeñe en no querer ayudarme a salvarla, pero la bendigo por el valor que está usted demostrando, por el heroísmo con que

sacrifica a ese secreto que se llevará usted al sepulcro, su vida, una vida que está en la plenitud y que pudiera estar aún llena de promesas admirables!

El guardián de la cárcel entró en la celda a avisar que la hora había llegado. Mister Reynolds abrazó a la que para él era una desconocida, pero a la que veía investida de una aureola de renunciamento que le hacía amarla y compadecerla...

—¡Adiós, miss Sandoval; siempre, siempre la recordaré!...

—Adiós — murmuró Jenny, ya casi sin fuerzas para seguir manteniéndose firme en aquella despedida eterna.

Reynolds salió de la celda y Jenny se arrojó en los brazos de su fiel Amah, llorando con desgarrados sollozos.

—¿No le has dicho nada? — preguntó Amah.

—¡No, y tú tampoco se lo dirás nunca, Amah! Tú has sido mi único amigo, bueno y leal hasta el fin... Es el último favor que te pido... ¡Prométeme guardar siempre, siempre, silencio!

—Prometido — contestó Amah, alzando sus ojos al cielo, como si pronunciara un sagrado juramento. Y las dos mujeres se abrazaron en un estrecho abrazo de despedida...

FIN

¿Conoce usted ya las dos nuevas publicaciones semanales de Ediciones BISTAGNE, tituladas:

**EL FILM DE HOY**

Precio: 30 cts.

— y —

**COWBOYS Y DETECTIVES?**

Precio: 15 cts.

Le interesa examinarlas.

**EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11



# COLECCION USTEDI

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre  
El gran desfile  
Miguel Strogoff o el  
Correo del Zar  
La princesa que supo  
amar  
El coche número 13  
Sin familia  
Mare Nostrum  
Nantás, el hombre que se  
vendió  
Cobra  
El fin de Montecarlo  
Vida bohemia  
Zazá  
¡Adiós, juventud!  
El judío errante  
La mujer desnuda  
La tía Ramona  
Casanova  
Hotel imperial  
Don Juan, el burlador  
de Sevilla  
Noche nupcial  
El séptimo cielo  
Beau Geste  
Los vencedores del fuego  
La mariposa de oro  
Ben-Hur  
El demonio y la carne  
La castellana del Líbano  
La tierra de todos  
Típoli  
El rey de reyes  
La ciudad castigada  
Sangre y arena  
Águilas triunfantes  
El sargento Malacara  
El capitán Sorrell  
El jardín del edén  
La princesa mártir  
Ramona  
Dos amantes  
El príncipe estudiante  
Ana Karenine  
El destino de la carne  
La mujer divina  
Alas  
Cuatro hijos  
El carnaval de Venecia  
El ángel de la calle  
La última cita  
El enemigo  
Amantes  
La bailarina de la Ope-  
ra  
Moulin Rouge.  
Ben Ali.  
Los cuatro diablos.  
¡Rie, payaso, ríe!  
Volga, Volga.  
La sinfonía patética.  
Un cierto muchacho.  
¡Nostalgia!  
La ruta de Singapore.  
La actriz.  
Mister Wu.  
Renacer.  
El despertar.  
La melodía del amor.

Las tres pasiones.  
Cristina, la Holandesita.  
¡Viva Madrid, que es  
mi pueblo!  
Sombras blancas.  
La copla andaluza.  
Los cosacos.  
Icaros.  
El conde de Montecristo  
La mujer ligera.  
Virgenes modernas.  
El pagano de Tahití.  
Estrellas dichosas.  
La senda del 98.  
Esto es el cielo.  
Espejismos.  
Evangeline.  
Orquídeas salvajes.  
El caballero.  
Egoísmo.  
La máscara del diablo.  
El pan nuestro de cada  
día.  
Vieja hidalguía.  
Posesión.  
Tentación.  
La pecadora.  
El beso.  
Ella se va a la guerra.  
Los hijos de nadie.  
El pescador de perlas.  
Santa Isabel de Ceres.  
Las dos huérfanas.  
La canción de la estepa.  
El precio de un beso.  
La rapsodia del recuerdo  
Delikatessen.  
Del mismo barro.  
Estrellados.  
Cuatro de infantería.  
Olimpia.  
Monsieur Sans-Gêne.  
Sombras de gloria.  
Mamba.  
Ladrón de amor.  
Molly (la gran parada).  
El valiente.  
¡De frente... marchen!  
Prim.  
El presidio.  
Romance.  
El gran charco.  
Tempestad.  
El dios del mar.  
Anne Christie.  
Sevilla de mis amores.  
Horizontes nuevos.  
Ben-Hur (edición popu-  
lar).  
La incorregible.  
El malo.  
El pavo real.  
Bajo el techo de París.  
Wu-li-chang.  
Montecarlo.  
Camino del infierno.  
¡Mío serás!  
¡Aleluia!  
La mujer que amamos.  
Al compás de 3-4.

La princesa se enamora.  
Amanecer de amor.  
El gran desfile (edición  
popular).  
Du Barry, mujer de pa-  
sión.  
La viuda alegre (edición  
popular).  
Ángeles del infierno.  
Cuerpo y alma.  
El impostor.  
Esposa a medias.  
Esclavas de la moda.  
Petit Café.  
Hay que casar al prin-  
cipe.  
Inspiración.  
El proceso de Mary Du-  
gan.  
Marruecos.  
En cada puerto un amor.  
¿Conoces a tu mujer?  
El millón.  
La mujer X.  
Gente alegre.  
Mar de fondo.  
La llama sagrada.  
La ley del harén.  
La fruta amarga.  
Vidas truncadas.  
La fiera del mar.  
Tabú.  
El pasado acusa.  
Papá piernas largas.  
Trader Horn.  
Un yanqui en la corte  
del rey Arturo.  
El código penal.  
La pura verdad.  
Maternidad, o el derecho  
a la vida (fuera de se-  
rie).  
Carbón (La tragedia de  
la mina).  
Estudiantina.  
Las peripecias de Skippy  
¡Qué viudita!  
El camino de la vida.  
Noches de Viena.  
Mamá.  
Eran trece.  
Cheri-Bibi.  
Bésame otra vez.  
Camarotes de lujo.  
Los hijos de la calle.  
La divorciada.  
Madame Satán.  
¿Cuándo te suicidas?  
Marianita.  
El carnet amarillo.  
Honrarás a tu madre.  
Su última noche  
Las alegres chicas de  
Viena.  
¡Viva la libertad!  
Malvada.  
El teniente del amor.  
Deliciosa.  
Cielo robado.  
margo idilio.

Honor entre amantes.  
Para alcanzar la luna.  
El hombre que asesinó.  
¡Ríndase!  
La calle.  
El prófugo.  
Milicia de paz.  
Amores de medianoche.  
Miguel Strogoff o el  
Correo del Zar (edi-  
ción popular).  
La hermana San Sulpicio  
El demonio y la carne  
(edición popular).  
La dama misteriosa.  
Los claveles de la Vir-  
gen.  
Pareja de baile.  
Al Capone (Pánico en  
Chicago).  
Mi último amor.  
Muchachas de uniforme.  
Marido y mujer.  
Mata-Hari.  
Congorilla (fuera de se-  
rie).  
Carceleras.  
Erase una vez un vals.  
Hombres en mi vida.  
Niebla.  
Rebeca.  
Indescable.  
Tarzán de los monos.  
El terror del hampa.  
La vuelta al mundo por  
Douglas Fairbanks.  
Chica bien.  
Recién casados.  
Champ (El campeón).  
La zarpa del jaguar.  
Los amores de José Mo-  
jica (fuera de serie).  
El caballero de la noche.  
Arsène Lupin.  
La dama del 13.  
Amor en venta.  
El pecado de Madelón  
Claudet.  
La casa de los muertos.  
Titanes del cielo.  
El proceso Dreyfus.  
La vida de un gran ar-  
tista.  
El último varón sobre la  
Tierra.  
Fantomas.  
Violetas imperiales.  
Soy un fugitivo.  
Teresita.  
La película de las estre-  
llas. Grand Hotel (fue-  
ra de serie).  
Hollywood al desnudo.  
sangre roja.  
El doctor X.  
Emma.  
Primavera en otoño.  
El hijo del destino.  
Ila o ninguna.  
El enemigo en la sangre.

El azul del cielo.  
El monstruo de la ciudad  
El hombre que se rela-  
del amor.  
Susan Lenox.  
Mercado de mujeres.  
Manos culpables.  
La princesa se divierte.  
La mano asesina.  
El rey de los gitanos.  
El sargento X.  
Los seis misteriosos.  
Esta edad moderna.  
La novia de Escocia.  
Besos al pavar.  
El mayor amor.  
El expreso fantasma.  
Al despertar.

El robo de la Monna Lis-  
sa (La Gioconda).  
La edad de amar.  
Salvada.  
Divorcio por amor.  
Corazones sin rumbo.  
Corazones valientes.  
Irusta-Fugazot-Demare  
(fuera de serie).  
Los tres mosqueteros.  
(Los Herretes de la  
reina).  
Milady (2.ª parte de Los  
tres mosqueteros).  
Esclavitud.  
La calle 42.  
Las dos huérfanas.  
Cabalgata.

Secretos.  
La feria de la vida.  
Una morena y una rubia.  
Como tú me descas.  
El relicario.  
El amor y la suerte.  
na viuda romántica.  
Rasputin y la Zarina.  
Susana tiene un secreto.  
20.000 años en Sing Sing  
Huérfanos en Budapest.  
¿Milagro?  
Vivamos hoy.  
Odio.  
Los crímenes del museo.  
El secreto del mar.  
Mis labios engañan.  
No dejes la puerta abierta

Dos noches.  
La melodía prohibida.  
El primer derecho de un hijo  
Canción de Oriente  
La amargura del general  
Yen.  
Bolliche.  
La vida privada de Enri-  
que VIII.  
Fra Diavolo.  
El padrino ideal.  
El judío errante.  
El hijo de la parroquia.  
Letty Lynton.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la  
Biblioteca más amena, selecta e interesante.

### Próximos números:

LAS MARAVILLAS CINEMATOGRAFICAS

## YO, TÚ Y ELLA

por CATALINA BÁRCENA, ROSITA MORENO, MONA  
MARIS, VALENTÍN PARERA, LUIS ALONSO

— y —

## UN LADRON EN LA ALCOBA

por KAY FRANCIS, MIRIAM HOPKINS, HERBERT  
MARSHALL, C. RUGGLES, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE LISTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



COLECCION USTED EL NUEVO ÉXITO DE  
 Ediciones BISTAGNE  
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.  
 EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.  
 NO QUIERO SABER QUIEN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.  
 LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.  
 ¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.  
 PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.  
 LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.  
 UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.  
 DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.  
 EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.  
 RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.  
 ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.  
 LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.  
 EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.  
 EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.  
 SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.  
 EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.

EL BAILE, por André Lafaur, Germaine Dermoz, etc.  
 MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.  
 AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.  
 ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.  
 ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.  
 EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, etc.  
 EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.  
 LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.  
 ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.  
 ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.  
 PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.  
 EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.  
 AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.  
 LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.  
 LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.  
 UNA CLIENTE IDEAL, por René Leffevre.  
 DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías  
 en papel couché. :: Precio: 50 céntimos



56

**E. B.**

**Precio: Una peseta**